BOLSILIBROS BRUGUERA

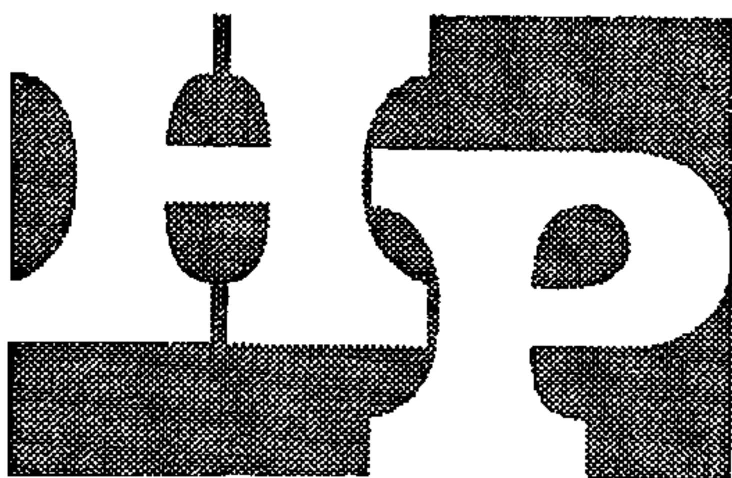
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

HISTORIA DE UN DESERTOR







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

HISTORIA DE UN DESERTOR

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 254
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 37989-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2 .º edición: noviembre, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

—Eres un muerto de hambre, Chuck —dijo Carol Moore—. ¿Por qué no te miras en el espejo? Yo te diré lo que verás… Un tipo con una cicatriz sobre la ceja derecha con una chaqueta sucia.

—Calla, nena.

—¿Para qué se tiene la boca si no para hablar? Te estoy cantando las verdades.

—Voy a mejorar.

—¿Cuántas veces me has dicho eso? Tú vas a mejorar todos los días, pero continúas siendo un desgraciado.

—Te estás ganando un tortazo, Carol.

—Cuidadito con ponerme las manos encima. Todavía no ha nacido el hombre que le pegue a la hija de mi madre. Yo nací en una choza, pero tengo mucho orgullo, ¿lo entiendes?

Chuck dejó ir la mano.

La bofetada sonó como un disparo.

Carol Moore se tambaleó.

—¿Qué has hecho, bastardo?

—Te he pegado.

—Te voy a hacer tragar la botella —rugió Carol Moore.

Efectivamente, atrapó la botella por el cuello y se lanzó sobre Chuck con el ánimo de rompérsela en la cabeza.

Pero Chuck necesitaba la cabeza. La necesitaba más que nunca. Y no le gustó la idea de que Carol le incrustase en el cráneo unos cuantos cristales.

Atrapó a Carol por la muñeca armada y dejó que se venciese sobre él.

Sólo tuvo que rodearla por la cintura con el brazo libre para estrecharla contra sí.

Sus caras quedaron muy juntas.

Chuck rió.

—Eres una fierecilla.

—Suéltame, bastardo.

—Sí, señor. Por eso me gustaste, por tu genio. Eres una mujer hermosa con muchas agallas. He conocido a mujeres atractivas en otras ciudades pero tenían agua en las venas en lugar de sangre.

Carol estaba sintiendo la influencia del abrazo.

Había perdido su belicosidad.

Debía admitir que Chuck la había atraído desde el principio. Desde que lo conoció tres semanas antes, cuando él llegó a Dodge City.

Carol se había dicho muchas veces que no se volvería a enamorar.

Era un mal negocio.

Se había enamorado cuatro veces, y las cuatro resultó un fracaso.

¿Pero qué tenían algunos malditos hombres que la volvían loca?

Había catalogado a Chuck entre los malditos. Y naturalmente, se enamoró de él.

Siempre le había pasado lo mismo.

Ponía los ojos en los tipos que estaban mal de cartera.

Chuck había llegado a Dodge City con cuatro dólares y ahora sólo le quedaban diez centavos.

Pero si Chuck había hecho un gasto de tres dólares noventa, era porque ella, Carol, le había hecho tres préstamos sucesivos que en total sumaban la cantidad de cincuenta dólares.

Ya estaba otra vez aprisionada entre las redes de un hombre.

Quería luchar contra aquella maldita influencia que Chuck ejercía sobre ella, pero de antemano sabía que tenía la partida perdida.

Por ejemplo, era lo que estaba ocurriendo ahora.

Había sentido la tentación de romperle la cabeza a Chuck, pero ahora que él la tenía abrazada se decía que Chuck podía hacer de ella lo que quisiera.

Ya sentía aquel cosquilleo en la nuca, un cosquilleo peligroso.

—Chuck, bésame.

Chuck le quitó la botella porque no se fiaba y besó la boca de

Carol.

—Déjame, Chuck. Voy a cerrar la puerta con llave.

—No puedo entretenerme ahora.

—¿Por qué, canalla?

—Estoy esperando una visita.

—Cancélala.

—No puedo, nena.

—¿Tiene algo que ver con eso que me dijiste de que ibas a mejorar?

—Sí.

—No te creo una palabra…

—Es cuestión tuya.

—¿De qué se trata?

—No te lo puedo decir. Me exigieron que guardase el secreto.

—Cariño, ¿es que no soy tu Carol?

—Claro que lo eres.

—Entonces, entre tú y yo no debe haber secretos…

Carol le tironeó del lóbulo de la oreja. Sabía seducir a un hombre. Había aprendido la lección apenas llegó a los dieciséis años porque, la primera vez que se enamoró, su víctima fue un hombre de treinta y cinco, un tipo consciente de su responsabilidad, y Carol necesitó muchas argucias para que él aceptase una cita en la Cueva de los Murciélagos, en Springfield, a dos mil millas de donde se encontraba ahora en compañía de Chuck.

Recurrió a algo infalible. Rozó su boca con la de Chuck mientras hablaba.

—¿No tienes confianza en mí, Chuck?

—Sí, cariño.

—Entonces, me vas a decir de qué se trata.

—De un asalto.

—¿Vas a asaltar el Banco de Dodge City?

—No seas tonta. ¿Crees que estoy loco? Sé que aquí está el *sheriff* Wyatt Earp. Es un hueso demasiado duro de roer. No, no será en Dodge City.

—¿Dónde?

La puerta se abrió de golpe porque Carol no la había cerrado con llave.

Chuck dio un respingo y apartó de un empellón a Carol.

Su mano derecha había volado hacia el revólver.

Pero no sacó.

Por la puerta entraron tres hombres.

Los tres se detuvieron.

El del centro era alto, rubio, de rostro bien parecido. Se cubría las manos con guantes negros.

—¿Qué pasa, Chuck? —dijo.

—Hola, Burgess.

El llamado Burgess miró a la joven.

—¿Qué hace ella aquí? Y no me digas que vino a freírte un huevo.

—Es mi amiga.

—¿Y qué más?

—Sólo eso, mi amiga.

Carol puso un brazo en jarras.

—Eh, Chuck, ¿quiénes son éstos?

El llamado Burgess se quitó un guante, el de la zurda.

—Chuck, no seguiste mis instrucciones.

—Claro que las seguí.

—Dile a tu nena que se marche.

—¿Por qué me he de marchar? —replicó Carol desafiante.

Chuck se puso en pie y tomó a Carol por el brazo.

—Nena, vete al saloon. Ya pasaré luego por allí y hablaremos.

Carol titubeó unos instantes y el rubio que respondía al nombre de Burgess la miró a los ojos.

—¿No oíste, pequeña? Lárgate.

—¿Quién se cree que es ese Burgess?

Burgess no respondió.

Chuck llevó a la joven hacia la puerta.

—Te he dicho que te vayas. Ya te veré luego en el saloon.

—Está bien, ya me voy. Quédate con tus amigotes.

Chuck llevó a Carol hasta la puerta y allí la besó aprisa.

Luego, empujó a Carol hacia el corredor.

Cerró la puerta.

Burgess estaba quitándose el guante de la otra mano.

Cuando Chuck llegaba a su lado sonriente, Burgess le pegó con el guante en la cara.

Chuck fue a levantar los puños, pero los otros dos hombres que

acompañaban a Burgess lo atraparon por los brazos.

Entonces, Burgess hundió el puño en el estómago de Chuck.

—Ya podéis dejarlo, muchachos.

Los dos hombres dejaron a Chuck.

Éste se derrumbó estrellando la cara contra el suelo.

Burgess dio un suspiro. Se acercó a la cama y se sentó en el borde.

Chuck se movía débilmente en el suelo y daba arcadas.

—Remojarlo —ordenó Burgess.

Uno de los otros dos hombres atrapó una jofaina, se acercó a Chuck y la volcó sobre su cabeza.

Chuck resopló escupiendo agua, y quedó sentado en el suelo.

Burgess lo apuntó con el dedo índice.

—¿Sabes lo que eres tú, Chuck?

Chuck no podía responder porque todavía respiraba dificultosamente.

—Yo te lo diré, Chuck… —prosiguió Burgess—. Eres un cretino, un estúpido, un retrasado mental…

—¿Por qué me dices eso? —Pudo por fin preguntar Chuck.

El rubio Burgess miró a sus compañeros y rió con sarcasmo.

—¿Oíste eso? El tipo listo pregunta por qué le digo eso… —Clavó otra vez los ojos en el rostro de Chuck—. Yo te diré por qué, pedazo de idiota. Escuchamos desde el otro lado de la puerta. Le dijiste a la muchacha que íbamos a cometer un asalto, y no le dijiste dónde porque llegamos a tiempo…

—Es una chica de confianza.

—Claro, es una chica de confianza. Dime, ¿es tu esposa?

—No.

—¿Es tu hermana?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué dices que es una chica de confianza?

—Ella se ha enamorado de mí y yo de ella.

—Qué romántico —dijo Burgess, y le soltó un puñetazo en la cara.

Chuck se derrumbó y rodó por el suelo. Esta vez perdió el conocimiento.

Los dos hombres que estaban de pie cambiaron una mirada. Uno era rechoncho, de nariz chata.

—¿Puedo decir algo, Burgess?

—Sí, Barry, puedes hablar.

—Debemos darle el pasaporte…

—¿Qué dices tú, Richard? —preguntó Burgess.

El compañero de Barry tenía cabello rojizo, cara pecosa. Su labio superior estaba levantado y enseñaba dos dientes demasiado grandes.

—Yo estoy con Barry. Debemos liquidarlo.

Barry, el rechoncho, sacó el revólver y apuntó al desvanecido Chuck.

—No lo hagas —dijo Burgess.

Barry enarcó las cejas.

—Es un tipo que no nos conviene.

—¿Quién es el jefe aquí?

—Tú, Burgess.

—¿He dicho yo la última palabra sobre este asunto?

—No, no la has dicho.

—Guarda el revólver.

—Como tú quieras, Burgess —asintió Barry.

Burgess Miller soltó una risita.

—Os preguntaréis por qué me opongo a que Chuck muera… Muy bien, os lo diré. Chuck es un elemento necesario para nuestro negocio.

—Un hombre nunca es insustituible —repuso Barry.

—Una bonita frase. Pero no sirve en nuestro caso.

—¿Por qué no?

—Porque Chuck es un especialista. ¿Sabes lo que significa eso? Que hace un trabajo que no pueden hacer los demás.

—¿A qué te refieres, jefe? —intervino el pelirrojo Richard.

—Chuck tiene una gran experiencia como salteador. Empezó hace mucho tiempo con Jesse James, y anduvo más de un año con los hermanos Dalton. ¿Qué pasó con Jesse James? Está ya muerto, y dos de los hermanos Dalton también crían malvas. Pero Chuck está vivo —señaló al desvanecido Chuck—. Eso significa algo.

—Que es un tipo con suerte —repuso Barry.

—No, muchacho. Chuck ha tomado parte en más de veinte asaltos, y nunca lo atraparon. Eso no puede ser suerte. Yo te diré lo que es. Sangre fría. Conocimiento del oficio.

—Pero le dijo a la chica que íbamos a cometer un asalto —le recordó Barry.

—Si. Ya lo sé, y por eso decidí lo que vamos a hacer.

—¿Qué cosa?

—La chica vendrá con nosotros.

—¿Esa fulana?

—Sí, Barry. Esa fulana.

—No me gusta la idea.

—¿Eres de los tipos que piensa que las mujeres dan mala suerte? ¿También me vas a resultar supersticioso?

—Cuando llegue la hora de escapar, la chica puede ser una molestia.

—En primer lugar no vamos a escapar. Os he dicho un centenar de veces que este asalto va a ser distinto a todos los demás. Pero también existe otra solución. Si las cosas se pusiesen difíciles en un momento determinado, le meteré una bala a la chica sin vacilar.

Richard Taylor y Barry Webb cambiaron otra mirada.

Finalmente, Barry sacudió la cabeza.

—Lo que tú hagas estará bien hecho para nosotros, Burgess.

—Gracias por vuestra confianza. Échale más agua a ese cernícalo.

Barry tomó la jofaina y terminó de vaciar su contenido en la cabeza de Chuck.

Éste volvió en sí.

Resopló como un pez sacado del agua.

—Chuck, ¿me oyes? —dijo Burgess.

—Sí, Burgess… te oigo —contestó Chuck jadeante.

—Hemos celebrado tu juicio. Y has quedado absuelto.

Chuck parpadeó.

—Gracias, Burgess.

—Pero la chica va a venir con nosotros.

—¿Carol?

—Sí, Carol, si es así como se llama…

—No sé si querrá venir ella.

—Me importa un rábano lo que ella opine. Vendrá y se acabó.

—Sí, Burgess. Pero ¿dónde la dejaremos?

—Estará con nosotros durante el asalto.

Chuck hizo un gesto de sorpresa.

—¿Con nosotros?

—Eso he dicho, Chuck.

Chuck miró con ojos asombrados a sus otros dos compañeros.

Burgess rió otra vez.

—¿Crees que ella puede ser un obstáculo durante el asalto? No… no lo será, Chuck. Y ya ha llegado la hora de que lo sepas. Nuestro negocio va a ser algo verdaderamente grande. No vamos a asaltar un Banco ni un almacén, porque lo que vamos a asaltar es una ciudad. La ciudad de Silver Creek.

Chuck se pasó una mano por la cara.

—Burgess, me hablaste de Silver Creek, y yo siempre creí que pegaríamos el golpe en el Banco de allí… ¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, muchacho. Vamos a asaltar toda una ciudad.

—¿Cuántos hombres has contratado?

—Aparte de nosotros a nadie.

—¿Qué…?

—Cometeremos el asalto nosotros cuatro y nadie más. Bueno, ahora podemos incluir a la muchacha.

Chuck se levantó todavía tambaleante.

—Burgess, ¿cómo pueden cuatro hombres apoderarse de una ciudad?

—No lo concibes, ¿es eso?

—La verdad es que no.

—Sin embargo, lo haremos.

—Pero ¿cómo?

—Lo sabrás en el último momento.

—Es imposible, Burgess. Cuatro hombres no pueden asaltar una ciudad. Los Dalton utilizaban más gente para dar el golpe en una simple granja. Y también Jesse James necesitaba mucho personal para asaltar un tren. ¿Cómo quieres tú apoderarte de una ciudad con cuatro hombres?

—Te repito que no lo explicaré hasta el último momento. Pero ahora, sólo te voy a decir una cosa. Utilizaremos la táctica militar.

—Eso es una contradicción.

—¿Tú crees?

—Un ejército puede asaltar una ciudad, pero no cuatro hombres.

—Chuck, ahora soy Burgess Miller, pero hace tres años yo era el

capitán Mark Courtnay, del Séptimo de Caballería de Arkansas. Durante nuestra guerra me especialicé en la lucha de guerrillas.

—No sabía que hubieses sido capitán. ¿Por qué dejaste el ejército? No debes tener más de treinta y cinco años.

—No, Chuck, no los tengo. —Burgess sonríe—. Abandoné el ejército porque deserté.

—¿Por qué desertaste?

—Eres muy curioso, Chuck. Eso no lo he dicho a nadie y las cosas continuarán así. No os importa mi vida. Sólo me interesa a mí. Lo único que debéis tener en cuenta ahora es que nos llevaremos de Silver Creek un botín de ciento cincuenta mil dólares.

Sus tres oyentes quedaron sin habla.

Barry fue el primero en reaccionar.

—¿Ciento cincuenta mil dólares?

—Sí, muchachos —asintió Burgess—. Ése será el botín de Silver Creek.

—¡Seremos ricos!

—Lo seremos si cumplís mis órdenes sin un titubeo.

—No te preocupes, Burgess —dijo Barry—. Cumpliremos sin pestañear lo que tú nos digas.

—Así me gusta. La primera orden es para ti, Chuck.

—Dime, Burgess.

—Salimos dentro de una hora. Esa chica, Carol, tiene que estar en el establo de Archibal en treinta minutos.

—Ahora mismo me voy a hablar con ella.

Chuck se dirigió a la puerta.

—Espera un momento, Chuck. Quiero hacerte una advertencia. Si Carol no viene con nosotros, la mataremos. ¿Lo oyes bien? La mataremos.

Chuck se mojó los labios con la lengua.

—Sí, Burgess.

CAPÍTULO II

Chuck salió del hotel Aleluya de Dodge City y se encaminó al saloon El Dorado, en donde trabajaba Carol Moore.

Empujó las hojas de vaivén y se detuvo al descubrir a Carol.

Pero ella no estaba sola. Hacía compañía a un hombre en una mesa.

El hombre era poca cosa, delgado. Estaba diciendo a Carol algo y ella estaba muy seria.

Carol descubrió también a Chuck y entonces se echó a reír, escuchando a su interlocutor, el pequeñajo.

Chuck recorrió la distancia que lo separaba de la mesa.

—Carol, tengo que hablar contigo.

—Vuelve otra vez, hermano.

—Ha de ser ahora.

—¿Es que no ves que estoy ocupada con un cliente?

Chuck miró al pequeñajo, el cual lo estaba observando a su vez.

Alargó una mano y lo atrapó por el cuello.

—Eh, oiga, ¿no le dijeron por ahí que está ardiendo su casa?

El pequeñajo desorbitó los ojos asustado.

—¡Sí, me lo dijeron! ¡Le juro que me lo dijeron!

—Entonces, ¿qué hace que no va a apagar las llamas con cubos de agua?

—¡Ahora mismo me voy!

Chuck dejó libre al pequeñajo y éste dio un bote en la silla y echó a correr hacia la puerta gritando:

—¡Fuego…! ¡Quiero un cubo…!

Algunos clientes le prestaron atención por unos segundos, pero enseguida lo olvidaron.

Carol hizo rechinar los dientes.

—Debes estar muy satisfecho.

Chuck se sentó a su lado.

—Sí, lo estoy.

—Era un pobre diablo… ¿Por qué no te metes con otro de tu talla?

—No seas chiquilla, Carol. He venido a decirte algo muy importante.

—Oh, sí, que te vas con esos amigotes tuyos.

—Tú también vienes.

—¿Eh?

—Ya lo has oído. Nos vas a acompañar en el viaje.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo sabrás.

—No cuentes conmigo.

Chuck entornó los ojos.

—Nena, esto no se puede discutir. He dicho que vienes con nosotros y es una orden.

—Y a mí no me da la gana de ir contigo y con esos tipos… Quizá aceptase si viajásemos tú y yo solos. Pero ¿por qué hemos de hacerlo con otros tres hombres?

—Te he dicho que es necesario.

—¡No!

—Eh, ¿qué te pasa, Carol? Has dicho muchas veces que me quieres. Que soy el hombre de tu vida. ¿O sólo me lo decías como cliente?

—Eres un estúpido. Vaya negocio que hice contigo como cliente. Me sacaste cincuenta dólares, ¿es que no lo recuerdas?

—Sí, he dicho una tontería.

—Menos mal que lo reconoces.

Chuck hizo chascar la lengua y alargó su mano poniéndola sobre la diestra de Carol.

—Nena, te dije que iba a tener mucho dinero, y no te engañé. Está relacionado con el viaje.

—Entonces se me ocurre una idea. Tú haces el viaje, y cuando tengas el dinero, vuelves por mí. Ya sabes dónde encontrarme.

Chuck movió la cabeza en sentido negativo.

—No nena, eso no se puede hacer.

—¿Por qué no?

—¡No se puede hacer, maldita sea, y basta!

—No me gustó ese tipo, Burgess o como se llame…

—Es nuestro jefe y debes respetarlo.

—No voy a respetarlo porque no lo veré más.

—Lo vas a ver durante muchos días.

—Búscate a otra.

—Tienes que ser tú. No quería decírtelo, pero no me dejas otra solución. Has de venir a la fuerza.

—¿Cómo?

—Ya lo oíste. No tienes otra alternativa. Vendrás con nosotros porque, si no vienes, irás derecha al cementerio.

La cara de Carol empezó a palidecer.

—¿Quién dijo eso?

—Ya lo puedes imaginar.

—Burgess.

—Sí, Burgess.

—Comprendo, te referiste a un asalto. Es lo que vais a hacer y Burgess teme que me vaya de la lengua.

—Decidió que tú vendrías con nosotros para que estemos seguros. Ya lo ves. También él es un hombre humanitario. Pudo ordenar que te matasen, pero prefirió que vengas con nosotros.

—Lo haré con una condición.

—¿Cuál?

—Te casarás conmigo.

—Muy bien, nos casaremos en cuanto hayamos pegado el asalto.

—No, Chuck. Ha de ser ahora.

—¿Ahora?

—Sí, en la ciudad. Antes de emprender el viaje.

—Carol, eso es una locura.

—Te casarás conmigo. Tu jefe Burgess será el padrino y tus otros dos amigotes serán testigos. No viajaré con cuatro hombres sin ser la esposa de uno de ellos. No me gustó la forma en que me miró Burgess. ¿Lo entiendes ahora?

—No, no entiendo nada.

—Eres un tonto, ¿quién te asegura que tu jefe me respetará?

—Es un caballero.

—Me río yo de los caballeros. ¿Y qué son los otros dos? ¿Vas a decir que también son unos caballeros?

Chuck sacudió la cabeza.

—Está bien, nena. Me casaré contigo. Se lo diremos a Burgess.

—¿Y qué pasará si él opina en contra? ¿Te atreverás a desafiarle?

—No pienses en eso ahora, y vámonos de una vez.

—He de pasar por la pensión de la señora Renard.

—De acuerdo. ¿Tienes que despedirte de tu patrón?

—Que lo emplumen.

Carol y Chuck salieron del saloon El Dorado y encamináronse a la pensión de la señora Renard, que estaba cerca.

Carol invirtió diez minutos en hacer el equipaje.

Chuck se hizo cargo de la maleta y se dirigieron al establo de Archibal.

En la puerta del establo se encontraban ya Burgess el pelirrojo Richard y el rechoncho Barry.

Burgess tenía otra vez puestos los guantes negros.

Los tres miraron a la joven con curiosidad.

Nadie dijo nada hasta que Chuck rompió el silencio.

—Burgess, ella vendrá con nosotros.

—Celebro que tu chica sea tan comprensiva.

—Puso una condición.

—¿Qué condición?

—Hemos de casarnos.

—Muy bien. Os casaréis y yo os daré mi bendición. ¡En marcha!

—No lo has entendido, Burgess.

Burgess iba a entrar en el establo y se interrumpió.

—¿Qué pasa ahora, Chuck?

—Hemos de casarnos aquí, en Dodge City, antes de que emprendamos el camino.

—¿A qué viene ese capricho?

—Carol quiere sentirse segura… y a mí me pareció acertada su idea, y le dije que estaba de acuerdo. Bueno, contamos contigo para que seas el padrino. Barry y Richard serán los testigos.

—¡Y un cuerno! —gritó Barry—. ¡No podemos celebrar una boda antes de…!

—Silencio, Barry —ordenó Burgess.

Miró a la joven de pies a cabeza, y, por último, detuvo la mirada en su bello rostro.

—Debes ser más juiciosa, muchacha. Chuck ya te dijo la clase de trabajo que vamos a hacer. En un negocio de esta clase, un hombre puede morir fácilmente. ¿Te das cuenta? Podrías enviudar enseguida.

—No me importa.

—Entiendo; tú piensas que si Chuck es el muerto, te encontrarás con una bonita herencia.

Chuck fue a protestar, pero Burgess lo detuvo.

—Cierra la boca, Chuck. Estoy hablando con ella.

Chuck emitió un gruñido, pero no dijo nada.

Burgess dio unos pasos hacia la joven.

—Creo que sé lo que eres… Una muchacha ambiciosa.

—Quiero a Chuck. ¿Qué tiene de malo que también desee ser su esposa?

Barry gritó:

—¡Estuve conforme con que una mujer nos acompañase…! Pero si ella se casa con Chuck, nos dará doble mala suerte.

—No pregunté tu opinión, Barry —dijo Burgess.

—Pero es que…

—A callar.

Barry apretó los maxilares y se volvió sacudiendo la cabeza.

Burgess seguía mirando a los ojos de Carol que eran muy hermosos, de un color verde claro.

—He sido un tipo que ha respetado los lazos del matrimonio… También yo he pensado en formar algún día un hogar… Y si un hombre a mis órdenes quiere casarse, ¿por qué lo he de impedir? De acuerdo. Habrá boda.

—Gracias —dijo ella, con una sonrisa.

Burgess apoyó los pulgares en el cinturón.

—Pero escucha esto, Carol… Seas o no la esposa de Chuck, vas a obedecer. Y yo seré el que mande. ¿Lo oyes bien?

—Sí.

—Puedo ser más duro que cualquier otro hombre que hayas conocido. No vamos a hacer un viaje de placer, y tú tampoco vas a hacer un viaje de bodas. Nos dirigimos a un lugar que está a quince días de Dodge City. Viajaremos sin descansar… No, no pienses en una luna de miel.

—Siempre hay tiempo para todo.

—Correcto… No podemos perder ni un minuto. Imagino que ya has decidido donde os vais a casar.

—En casa del juez Flanagan. Está a la vuelta de la esquina.

—Está bien. Vamos cuanto antes.

Se pusieron en marcha.

Barry y Richard se quedaron al final del cortejo y el primero de ellos seguía rezongando.

La casa del juez Flanagan estaba pintada de verde y contaba con un jardín bien cuidado.

Les abrió la esposa del juez Flanagan, una mujer de pelo blanco y voz ridículamente fina.

—¿Está su marido, señora Flanagan? —preguntó Carol.

—Desde luego.

—Venimos a casarnos.

La señora Flanagan se puso a dar palmas.

—¡Sergio, otra pareja de tortolitos!

Barry soltó un salivazo desde el porche a una abeja, pero no le atinó.

El grupo entró en la casa.

El juez Flanagan era muy miope. Vino desde el *living* y se detuvo ante el pelirrojo Richard.

—Le felicito, señora —dijo alargando la mano.

Burgess tomó al juez por los hombros y lo volvió hacia la joven.

—Ella está aquí.

—Oh, perdón —dijo su señoría.

—Oiga, juez —habló Burgess—. Tenemos prisa, ¿sabe? Termine pronto la ceremonia.

—La abreviaré si ustedes no han olvidado nada. ¿Traen el anillo?

Chuck se quedó con la boca abierta.

—Demonios, no hemos pensado en eso.

—Yo si —dijo Carol.

Abrió su bolso y sacó un anillo.

—Eh, nena —dijo Chuck—. ¿De dónde sacaste eso?

—No seas mal pensado. Nunca estuve casada con anterioridad. Me lo regaló un tipo cuando estábamos a punto de casarnos. Quizá lo conocieses. Era Johnny Tucker, un forajido de la montaña, El *sheriff* Earp le metió dos balas en los pulmones, justo después de

haber comprado este anillo. Como Johnny ya lo había pagado, el *sheriff* Earp me lo dio.

—Basta ya de explicaciones —intervino Burgess—. Lo importante es que tenemos anillo. Empiece la boda, su señoría.

El juez casó a los novios en tres minutos.

Terminada la ceremonia, Chuck rodeó a Carol con sus brazos y la besó en la boca.

La señora del juez les echó un puñadito de arroz mientras decía:

—Felicidades, felicidades…

—¿Qué le debo, juez? —preguntó Burgess.

—Cinco dólares.

—¿Cómo cinco dólares? En otras partes casan por dos dólares.

—Pero esto es Dodge City, caballero, y todo está más caro.

Burgess pagó los cinco dólares.

Richard dijo:

—Eh, todos tenemos derecho a besar a la novia.

Chuck rió.

—Claro que sí, muchachos.

El pelirrojo Richard besó a Carol y luego le tocó el turno a Barry.

Burgess se dirigió a la puerta.

—Salgamos de una vez de aquí.

—Eh, jefe —habló Richard—, ¿es que no vas a besar a la desposada?

Burgess miró a Carol y dijo:

—Chuck, bésala por mí.

—Eso está hecho, jefe.

Besó otra vez a su mujer, que estaba muy seria.

Burgess gritó:

—¿Es que no me oyeron? ¡Vámonos de una vez!

Salió de la casa y detrás de él lo hicieron Barry, Richard y los contrayentes.

Fueron otra vez al establo y, al llegar a la puerta, Burgess dijo:

—Bien, ya tuvimos boda. Ahora sólo hemos de pensar en lo más importante para nosotros… ¡En el negocio de Silver Creek!

CAPÍTULO III

Jerry Scott, marshall de Silver Creek, trataba de enhebrar una aguja.

Se iba a remendar un calcetín.

Falló dos veces y mojó el extremo del hilo con la lengua.

Cerró un ojo y apuntó con el hilo en el agujero donde quería introducirlo.

Empezó a acercar el hilo a la aguja muy lentamente. Ya lo iba a meter. Lo había conseguido.

Y justo en ese momento se abrió de golpe la puerta de la comisaría.

Jerry Scott dio un respingo… y el hilo se salió de la aguja.

—¡Jefe! —exclamó el ayudante de Jerry, Hardy Masón.

Jerry cerró los ojos y apretó los labios.

—¡Infiernos, Hardy! ¿Sabes lo que acabas de hacer?

—¿Qué cosa, jefe?

—¡Has impedido que remiende mi otro par de calcetines!

—Lo siento, marshall. Pero es muy urgente.

Jerry Scott abrió los ojos. Frisaba en los treinta años de edad y era de cabello y ojos negros, rostro de facciones enérgicas.

Su ayudante, Hardy Masón ya había cumplido los cincuenta y era de talla mediana, cejas muy espesas, lo mismo que el bigote, que le cubría casi la boca.

—¿Qué te pasa, Hardy?

—Es *madame* Geraldine.

—¿Otra vez esa francesa?

—Ha armado una de mil diablos, jefe. Traté de calmarla, pero ella ha dicho que quiere hablar con usted y que ahora mismo venía para acá.

—No vendrá, Hardy.

—Yo creo que sí. Estaba muy furiosa. Nunca la había visto así. Dijo muchas cosas en francés y yo creo que eran palabras feas.

—Geraldine ha estado prometiendo que vendría a la comisaria a quejarse desde hace tres años, pero sus cien kilos es demasiado peso para trasladarlos de un sitio a otro. Nunca ha salido de su saloon.

De pronto se oyó un estruendo.

Dio la impresión de que la puerta era arrancada de cuajo.

Pero eso no llegó a ocurrir.

Sólo golpeó contra la pared.

El marshall y su ayudante miraron el hueco, que estaba totalmente cubierto por una mole humana.

Hardy Masón tartamudeó.

—Jefe, es ella.

La mole humana se introdujo por el hueco.

Bien mirada, se veía que tenía ojos, nariz y boca.

—Marshall, vengo a denunciar un crimen.

—¿A quién mataste, Geraldine?

—Todavía no he matado pero lo voy a matar.

—¿A quién?

—¡Usted sabe a quién! A ese herrero que tengo al lado de mi casa. No puedo soportarlo más, marshall. Se lo he advertido muchas veces.

—David Reynolds tiene derecho a trabajar en su herrería, Geraldine. Yo también te lo he dicho muchas veces.

—Pero lo podría hacer silenciosamente.

—¿Cómo quieres que silencie los golpes del martillo en el yunque?

—Le hice una oferta a Reynolds. Estaba dispuesta a comprarle su herrería. Sus martillazos vuelven locas a mis muchachas. Todas ellas sufren de jaqueca. ¿Sabe cuánto gasto con el doctor mensualmente? Más de cien dólares. Y lo peor no es eso. Mis chicas no trabajan como deben. Cuando están más alegres con un cliente, ese maldito herrero se pone a pegar martillazos y todo cambia.

El marshall se pasó una mano por la cara para ocultar la sonrisa.

—Geraldine, hay cosas que no se pueden evitar, y ésa es una de ellas. ¿Qué quieres que haga? ¿Que lo meta en la cárcel porque es un hombre trabajador?

—No hay derecho a que siga golpeando el yunque a las doce de la noche. También él tiene derecho al descanso. Pero ese hombre es una bestia, y no un ser humano.

—David Reynolds ha probado ser un tipo honesto y por eso tiene la mayor clientela de la región. Nadie quiere visitar a otro herrero. Todos acuden a Reynolds para que le solucione su problema.

—No he venido aquí a discutir con usted el negocio de David Reynolds. Soy una ciudadana que paga sus impuestos y tengo derecho a protección.

—Sí, eso es cierto.

—Entonces, usted me va a proteger, marshall, o va a ocurrir algo gordo.

—Nadie puede tomar la justicia por su mano, Geraldine.

—Le dije a David Reynolds que, si después de las siete de la tarde seguía trabajando, le mandaría un par de matones.

—Ya lo sé. El me lo contó.

—Pero no hizo caso de mi amenaza.

—Tú no puedes amenazar a nadie, Geraldine. Eso constituye un delito y debería multarte. Pero no tomo en serio tus palabras.

—¡Esta vez va en serio, marshall!

Jerry se puso en pie.

Era muy alto y fornido.

—Tú te estarás quieta, Geraldine. —Su voz sonó seca.

—No puedo consentir que un insignificante herrero arruine mi negocio. ¿Por qué no me vende su herrería? ¿Por qué?

—Quizá porque no le ofreciste un buen precio.

—Mi oferta era buena. Prácticamente le compraba la herrería como si el yunque fuese de oro y el martillo de plata maciza. ¿Y qué fue lo que me contestó Reynolds? Usted lo sabe, marshall.

—Sí, lo sé. Reynolds dijo que se moriría pegando martillazos antes de venderte a ti su herrería.

—¿Sabe lo que voy a hacer?

—¿Qué cosa, Geraldine?

—Pegarle fuego a la herrería. Sí, marshall, lo debí hacer cuando él rechazó mi oferta.

—Te habría juzgado por incendiaria y yo me hubiese ocupado de que la sentencia fuese lo más severa posible.

—¿Sabe una cosa, marshall? Durante la última hora, Reynolds se ha puesto a pegar más martillazos que nunca, con las ventanas abiertas.

—¿Por qué no las cierras?

—Quiere que se asen las chicas… Hace un calor infernal. No tienen más remedio que trabajar con las ventanas abiertas. Si las cierran, los clientes se quejan y dicen que están metidos en un horno.

—Hablaré con Reynolds.

—¿Para qué?

—Le diré que traslade el yunque y la fragua a la parte izquierda de la herrería.

—No ganaremos nada con eso.

—Yo creo que sí… Ganarás unos diez metros.

—No es bastante.

—Tendrás que conformarte.

—¡No, marshall!

—Está bien. Haré algo más. Le trasmitiré tu oferta de compra. ¿Cuánto estás dispuesta a pagar?

La obesa Geraldine se rascó la papada con una uña muy larga.

—Dos mil dólares.

—Hace dos meses ofrecías dos mil quinientos.

—Está bien. Que sean dos mil quinientos.

—Le ofrecerás tres mil.

—¿Tres mil dólares por una miserable herrería? ¿Cree que me he vuelto loca?

—Tú no la compras como tal negocio, Geraldine. Con el terreno que ocupa la herrería podrás edificar ese saloon que soñaste. Algo parecido a lo que existe en San Francisco o en Abilene.

—Está bien, marshall. Tres mil dólares, pero no subo ni un centavo más.

—De acuerdo.

—Le espero en mi oficina, Jerry.

—Iré en cuanto pueda.

Madame Geraldine dio media vuelta y salió para ir a la calle.

—Cuidado con la puerta, Geraldine —dijo el marshall—. No te la lleves con la mano.

—Esta puerta continúa tan débil como cuando la abrí la última

vez hace tres años.

Ella salió y cerró la puerta.

Fue como un cañonazo.

Las paredes temblaron.

El ayudante de Jerry, Hardy Masón, se había cubierto las orejas en previsión de lo que iba a pasar.

El marshall hizo rechinar los dientes.

—No es culpa de ella, Hardy. Tiene demasiada fuerza. Quédate aquí. Voy a hablar con Reynolds.

—No va a conseguir nada. De tanto tratar con caballos y mulos, David Reynolds se ha convertido en la acémila mayor de Silver Creek.

Jerry soltó una interjección por lo bajo y señaló los calcetines que había dejado sobre la mesa.

—¿Puedes remendarme eso, Hardy?

Masón hizo un gesto.

—¿Cuándo se va a casar, jefe?

—No te nombré a tu familia.

—Un marshall con treinta años debe tener una mujer…

—¿Y por qué no te casas tú?

—Ya me casé a los diecinueve, a los veintitrés, a los veintiocho, a los treinta y dos. No tengo culpa de que las tres primeras mujeres se me muriesen y de que la cuarta se fugase con aquel condenado vendedor del falso curalotodo. Soy un hombre con experiencia, jefe, y le puedo asegurar que el matrimonio es el estado perfecto del hombre.

—Yo paso —repuso el marshall—. Pero celebro que te hayas casado tantas veces. Eso te habrá permitido conocer la aguja. Ahí tienes esos calcetines para probar que tuviste cuatro mujeres.

El marshall salió de la oficina y se encaminó por la acera de tablones hacia la derecha, donde se ubicaba el saloon de *madame* Geraldine y, enseguida, la herrería de David Reynolds.

El barbero Lex Seaton estaba en la puerta de su negocio.

—¿Un afeitado, marshall?

Jerry se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Más tarde, aún me puede crecer un poco.

—Como quiera, marshall. Se lo decía por si iba a casa de la alcaldesa.

—¿Qué pasa con eso, Lex?

—Oh, nada, marshall. Nada…

—No me gustan las habladurías, Lex. De modo que, harás bien en cerrar el pico.

—No he dicho nada, marshall.

—Correcto.

Jerry continuó su camino.

Se había sentido furioso. Estaba al corriente de los rumores en el pueblo. Tenía que estarlo, ya que era el representante de la ley. Sabía lo que se decía de él. Supuestamente le interesaba la alcaldesa, y había quien aseguraba que la alcaldesa se interesaba por él.

Malcolm Rowen, la primera autoridad municipal, había encontrado su media naranja durante su estancia en Kansas City y todos debían reconocer que había elegido bien.

La señora Rowen, Marcia, era una mujer muy hermosa, de figura impresionante.

Malcolm no silenció cuál era la profesión de Marcia.

Trabajaba en los escenarios. Cuando la conoció, Marcia estaba representando la tragedia en cinco actos Epitafio para una viuda.

Pero también era justo señalar que Marcia no sólo lo había impresionado a él, el marshall, sino a todos los hombres de Silver Creek.

Lo único que pasaba era que Marcia lo había distinguido con su amistad desde el primer momento. Y así, cuando el alcalde celebró aquella fiesta para presentar a su esposa, ésta le ofreció la primera ración de tarta de manzana que había cocinado con sus propias manos.

Ese detalle había sido el primer granito de arena. Y como ocurría en todos los pueblos, aquel granito dio origen a otros muchos más que, poco a poco, iban formando la montaña.

Interrumpió sus pensamientos porque pasaba junto al saloon de *madame* Geraldine.

El doctor Hillman estaba bajando de su tílburi. Llevaba el maletín en la mano.

—¿Hace un trago, marshall?

—Gracias. Ahora no, doctor.

El doctor, que estaba por los cuarenta años, guiñó un ojo.

—Vengo de casa dela alcaldesa.
—¿Y qué? —dijo el marshall con brusquedad.
—Está un poco resfriada. Nada de importancia.
—Lo celebro.
—Me preguntó por usted. Sí, me preguntó por qué usted no se había casado. Yo le di una buena respuesta —el doctor se echó a reír.
—¿Qué le contestó?
—Que a usted le gustaban demasiado las mujeres para contentarse con una sola.
El doctor se echó a reír pegándose palmadas en el muslo derecho.
El marshall quedó callado.
Aquello podía convertirse en un problema. Debería tener cuidado a partir de ahora.
—Al alcalde no le gustó mi comentario —dijo el doctor—. ¿Sabe una cosa, marshall? Tiene celos de usted.
Ya había salido. Lo había esperado desde muchos días atrás.
Naturalmente, el alcalde también había oído aquellos rumores.
A partir de ahora se mantendría lo más alejado posible de la hermosa pelirroja. Era lo mejor.
—Hasta luego, matasanos.
El doctor sacó un pañuelo con el que se enjugó las lágrimas que le habían hecho brotar la hilaridad.
Entró en el saloon moviendo la cabeza.
El marshall escuchó los martillazos que salían de la herrería de David Reynolds.
Iba a entrar en ella cuando vio a Reynolds que salía sujetando una herradura con las enormes tenazas.
—Hola, marshall.
—¿Qué tal, David?
—No me puedo quejar.
El herrero metió la herradura en un barril de agua.
Se produjo una efervescencia y brotó una nube de humo.
El marshall se apoyó en la rueda de un carro.
Sacó la bolsa de tabaco y un papel.
—¿Quieres fumar, David?
—Ahora no. Estoy trabajando.

El marshall se puso a liar el cigarrillo.

Reynolds miró la herradura y dio media vuelta para ir hacia la fragua. Entonces, el marshall dijo:

—Geraldine estuvo en mi oficina.

David Reynolds frunció el ceño.

—¿Cómo es posible que esa ballena haya podido hacer el viaje?

—Estaba muy enfadada.

—Seguro que volvieron a timar a esa tacaña y le dieron agua por *whisky*. Pero no te preocupes, ella sabrá arreglarlo… Sus clientes se ocuparán de despachar el mejunje que ella les sirva.

—No era ése el motivo.

—¿Qué era entonces?

—Tú, Reynolds.

David dio media vuelta y se alejó del marshall.

Jerry fue detrás de él.

—¿Es que no me has oído, David?

—Claro que te he oído.

—Se ha quejado de los ruidos que armas en tu herrería.

—Tengo que hacerlos para trabajar…

—También los haces durante la noche.

—Tengo mucha faena atrasada.

—¿Por qué aceptas más trabajo del que puedes realizar? ¿Por qué no disfrutas un poco más de la vida?

—Prefiero estar en mi negocio a beber el *whisky* aguado de Geraldine.

—Busca otra respuesta.

—Muy bien. Nadie me puede obligar a que deje de trabajar. El mundo es muy curioso. Si eres un vago, te lo echan en cara. Si trabajas, te dicen que te puedes morir.

—Existe un justo medio para todo.

—Muy bien. Algún día yo también alcanzaré ese justo medio.

—Tienes ahorros, David… ¿Cuándo vas a retirarte? ¿Quizá cuando seas un carcamal, un viejo? Todavía no has llegado a los cincuenta. La vida es hermosa, especialmente para una persona que puede gastar su dinero.

—Marshall, por qué no te sacas el naipe de la manga.

—¿Eh?

—Geraldine te comisionó para que me hicieses una oferta.

—Está bien, maldita sea, dijo que sigue dispuesta a comprarte la herrería.

—Olvídalo.

—Ha subido de precio.

—¿Un dólar? ¿Dos? ¿O subió cincuenta centavos?

—Subió quinientos dólares. Ahora te ofrece tres mil.

—No me interesa.

—David, tu herrería se ha quedado casi en el centro del pueblo. Si tanto te gusta trabajar, puedes trasladar tu negocio a las afueras. Puedes comprar un terreno por doscientos o trescientos dólares. Si vendieses a Geraldine, sacarías un beneficio limpio de dos mil dólares suponiendo que montar tu nueva herrería se llevase quinientos o seiscientos.

—No me interesa.

—¿Por qué no lo piensas un poco más?

—Porque no necesito pensarlo. Está decidido, y se acabó. No vendo, me quedaré aquí.

En aquel momento se oyó fuera un carruaje y una mujer gritó:

—Eh, buen hombre, ¿me puede decir dónde está la oficina del marshall?

—Parece que tienes un cliente, Scott —dijo el herrero.

El hombre respondió gritando también:

—¡Vi entrar hace un momento al marshall Scott en la herrería…!

—¡Gracias!

El marshall ya estaba andando hacia la salida y Reynolds fue detrás de él.

Vieron el carruaje que se había detenido a la izquierda. Era una galera.

Una joven saltó con agilidad del pescante.

Podía tener veinticinco o veintiséis años, su cabello era rubio, casi platino, rostro muy bello, ojos azules, y su cuerpo poseía curvas armoniosas.

—Marshall —dijo al ver a Jerry Scott—. He matado a un hombre…

CAPÍTULO IV

El marshall y el herrero se habían quedado en suspenso.

—¿Cuál es su nombre, señorita? —preguntó al fin Scott.

—Elga Prentiss.

—¿Y dónde mató a ese hombre, señorita Prentiss?

—A unas diez millas de aquí.

—¿Por qué lo mató?

La joven se pasó la lengua por el labio inferior.

—Él quiso aprovecharse de mí…

—Entiendo.

—No, no lo puede entender.

—¿Por qué no?

—Lo encontré a mitad del camino, estaba tumbado en el suelo. Pensé que estaba muerto o malherido. Paré el carro y fui a su lado. De pronto, me tomó en sus brazos, me pilló por sorpresa y me empezó a besar. Estuvimos rodando por el suelo. Porque yo luché con él…

El marshall miró el vestido de la joven y ella dijo:

—Me cambié después de lo que pasó… Puedo enseñarle en su oficina el otro vestido. Está destrozado. No me servirá.

Dio media vuelta y se levantó el cabello.

En su blanco cuello había un verdugón y algunos arañazos.

—También tengo marcas en la espalda. Me escuecen. Eso me lo hice con las piedras…

—¿Le ocurrió algo malo?

Elga Prentiss se sonrojó.

—No. Ese hombre no pudo realizar sus torpes propósitos, marshall.

—¿Cómo se las arregló para desembarazarse de él?

—Al final, me venció. No podía luchar contra él. Era muy fuerte. Él se echó a reír diciendo cosas que no puedo repetirle. Entonces, se me ocurrió una idea… Simulé ceder a lo que él quería. Pero, en un descuido, le quité el revólver. Le dije que se apartase de mí. Le apunté al pecho y él rió con más fuerza. Echó a andar hacia mí. Le rogué que no lo hiciese o me vería obligada a disparar, pero él seguía avanzando y yo retrocedí. Se lo supliqué, marshall. Le dije que se estuviese quieto y que se marchase. Tropecé con un árbol y entonces, él saltó sobre mí… Disparé…

La joven se apartó una guedeja de cabello de la frente.

—Le acerté en el centro del pecho. Cayó hacia atrás. No dijo nada. Fue terrible, marshall… Monté en el carro muy aprisa y me alejé de allí. Al llegar al río, me detuve un momento para lavarme y cambiarme de vestido. Luego, continué mi camino hacia Silver Creek.

—¿Le dijo el hombre cómo se llamaba?

—No, marshall.

—¿Puede describirlo?

—Sí. Creo que sí.

—Hágalo.

—Unos veintisiete o veintiocho años, alto, rubio, de barba crecida, ojos castaños. Tenía algunos agujeros en las dos mejillas, como si hubiese sido picado por la viruela, o quizá tuvo gramos…

—No recuerdo a nadie que responda a esa descripción. ¿Y tú, David?

—No, yo tampoco —contestó el herrero.

El marshall se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—Siento lo que le ha ocurrido, señorita Prentiss. Pero debo decirle que es usted muy temeraria al viajar sola. Es usted demasiado bonita y no lo tome como un requiebro, sino como una apreciación para juzgar el hecho que ha protagonizado. Si continúa viajando sola, se expone a que le ocurran cosas parecidas.

—No se preocupe, marshall. Ya no viajaré. Llegué a mí destino.

—¿Se refiere a que su destino es Silver Creek?

—Sí. Soy la nueva maestra.

—Vaya, es una sorpresa.

—¿No le habló el alcaide de mí?

—Sí, ahora recuerdo que el alcalde me habló de la maestra que

venía a sustituir a la señorita Smith, que se jubiló. Pero también me va por la cabeza que usted vendría dentro de un par de semanas.

—Decidí adelantar mi viaje porque ya nada me retenía en San Luis.

—Supongo que no habrá viajado en el carromato desde San Luis.

—Oh, no. Hice el viaje hasta Kansas City en tren. Luego, tomé la diligencia hasta Linconlville.

—También hay un servicio de diligencias desde Linconlville hasta Silver Creek.

—Pensé que debía conocer la tierra que he elegido para enseñar. Opino que la primera obligación de la maestra es conocer el ambiente en que ha de realizar su labor. Tenía algunos ahorros y compré este carromato.

—No fue muy buena su idea. ¿Cuánto hace que salió de Linconlville?

—Diez días.

—¿Y sólo tuvo que luchar con un hombre?

—Otros dos trataron de embaucarme, pero supe estar en mi sitio y se alejaron de mí sin insistir demasiado. Bueno, debo decirle que llevo un rifle en el pescante… Pero ese hombre, el último con quien me encontré, me tendió una celada. No se me ocurrió bajar del pescante con el rifle. Yo quería atenderle…

—Sí, ya lo contó.

—¿Se hará cargo usted del cadáver, marshall?

—Mandaré a mí ayudante. ¿A qué distancia del río lo dejo?

—Tres millas al norte… El hombre se colocó justamente delante de una gran roca con figura de indio.

—Sí, sé dónde es. Mi ayudante no tendrá dificultad de encontrar el lugar.

—Gracias, marshall.

En aquel momento se oyó un galope.

Dos jinetes aparecieron en el comienzo de la calle.

Uno de ellos traía de las bridas un caballo. Cruzado sobre la silla de éste, se veía el cuerpo de un hombre.

El herrero David Reynolds dijo:

—Marshall, creo que tu ayudante no tendrá necesidad de ir a la Cabeza del Indio por el cadáver… Ahí lo traen.

El marshall y Elga Prentiss estaban mirando ya hacia los jinetes.

—¿Los has visto alguna vez, David? —preguntó Jerry.

—No. Y no me gusta su aspecto.

—Tampoco a mí.

—Está claro que son pistoleros.

—Es posible.

Los dos jinetes se fueron acercando.

Algunos peatones se habían detenido en la calle para verlos pasar.

—Creo que vas a tener problemas, marshall —dijo el herrero—. ¿Quieres que vaya a avisar a Hardy?

—No, déjalo.

Los dos jinetes descubrieron al hombre de la estrella a la puerta de la herrería y se dirigieron hacia allí.

Elga Prentiss estaba inmóvil, como una estatua.

Los dos forasteros tiraron de las bridas y los caballos se detuvieron.

—Buenos días, marshall —dijo el de más edad de los dos—. Mi nombre es Fred Dillon y éste es Tom Steinberg.

—Bienvenidos a Silver Creek.

Fred Dillon señaló el cadáver que estaba atravesado en el caballo.

—Ése era mi hermano William… Lo mataron, marshall.

—Lo siento. ¿Cómo fue?

—Le metieron una bala en el pecho, pero lo más canallesco de todo es que utilizaron su propio revólver. Encontramos el arma junto al cadáver…

—¿En dónde ocurrió eso?

—A diez millas de aquí… Cerca de una roca que parece la cara de un indio…

Hubo un silencio y el marshall dijo:

—Hago todo lo posible por mantener la comarca libre de forajidos, pero a veces es inevitable que la crucen algunos que se dirigen hacia México. Asaltan al primero que encuentran en su camino.

—Mi hermano no fue asaltado.

—¿Cómo lo sabe?

—Llevaba diez dólares en el bolsillo y los continúa teniendo.

—Bueno, quizá el forajido sólo quería robar a su hermano y, al

matarlo, se asustó y huyó.

—No me gusta su explicación, marshall.

—¿Qué defecto le encuentra?

—Ya se lo dije antes… A William lo mataron con su propio revólver.

—Eso no arruina mi hipótesis… El forajido quiso ahorrarse una bala. Detuvo a su hermano, lo desarmó y luego…

—No siga, marshall… Hubo lucha.

—¿Si?

—¿Sí?

—Mi hermano tiene unas marcas muy particulares en la cara.

—¿Qué es lo que tiene?

—Arañazos… Como si hubiese peleado con una mujer…

—Hay hombres que también pelean así.

Sobrevino otra pausa.

—¿Cuánto tiempo lleva de marshall en este pueblo?

—Cinco años.

—Supongo que está aquí para defender la ley…

—Es justo lo que hago.

—Yo diría que no, marshall. Da la impresión que trata de encubrir a alguien.

—Tenga cuidado con sus palabras, Dillon.

—Claro que sí, marshall. Tendré mucho cuidado.

Fred Dillon descendió de su montura y se acercó a Elga Prentiss.

—Señorita, es usted muy olvidadiza.

—No le entiendo.

—Esta mañana sólo se puso un pendiente.

La joven se llevó instintivamente las manos a las orejas.

—Es cierto. Me falta uno. Lo debí dejar en casa…

—O quizá lo perdió.

—Sí, es posible.

Fred Dillon metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—No hace falta que busque su pendiente, señorita… Creo que es éste.

Abrió la mano y todos pudieron ver en la palma el pendiente que hacia juego con el que Elga lucia en la oreja izquierda.

—Gracias —dijo Elga y tomó el pendiente.

—No ha preguntado dónde lo encontré, señorita… Pero es igual,

yo se lo diré… Mi hermano lo tenía en su mano derecha…

—Está bien, Dillon —dijo el marshall con voz seca—. Fue ella. Lo mató en legítima defensa. Su hermano trató de abusar de la señorita Prentiss…

Fred Dillon seguía mirando a la joven. Ni por un segundo desvió los ojos hacia el marshall.

—Mi hermano y yo hemos sido inseparables durante toda nuestra vida —dijo con voz ronca—. Todos los que nos conocieron han dicho que nunca habían visto a dos hermanos que se llevasen tan bien.

—Lo siento, señor Dillon —repuso Elga Prentiss—. Pero lo que le ha dicho el marshall es cierto. Su hermano William quiso propasarse conmigo… Hice todo lo posible por no matarle. Sólo disparé cuando no tuve más remedio…

Fred Dillon retrocedió.

Quedó cerca de su caballo.

De pronto, tiró del revólver.

Su compañero Tom Steinberg, que continuaba en la silla, sacó también.

A la entrada de la herrería se produjo un trueno.

CAPÍTULO V

Fred Dillon y Tom Steinberg habían perdido el revólver.

El marshall Scott los desarmó de dos certeros disparos.

La joven dio un grito, quizá porque por un momento se había visto acribillada.

El ayudante de Jerry Scott salió de la comisaría con un rifle en la mano y echó a correr por el centro de la calle.

Las gentes empezaban a salir de las casas.

En la puerta del saloon de Geraldine se aglomeraron clientes y girls.

—¡Párate, Hardy! —gritó el marshall a su ayudante.

Hardy se detuvo cuando estaba a unas diez yardas de la herrería.

—¿Qué pasó, jefe?

—Luego te lo contaré. Vuelve a la comisaría.

—¿Es que no necesita ayuda?

—No, Hardy. No la necesito. Todo marcha bien.

—Como quiera, jefe.

Hardy dio media vuelta y volvió por el camino que había traído.

El marshall miró a las girls y a los clientes que estaban en la puerta del saloon de Geraldine.

—En, ustedes, ¿no tienen otra cosa que hacer? Vuelvan dentro y sigan divirtiéndose.

Las girls y los clientes entraron poco a poco en el saloon de Geraldine.

Fred Dillon hizo una mueca de rabia.

—Marshall, no debió hacer eso.

—¿Está chiflado, Dillon? ¿Creyó que iba a dejar que cometiese un asesinato ante mis propias narices?

—Sólo era un ajusticiamiento.

—¿Es que no oyó lo que dijo ella, Fred? ¿No le parece su historia sensata?… Su hermano la descubrió mientras viajaba, y pensó que podía pasar el rato con ella… Pero cometió un error, y le costó la vida. Sólo él, su hermano William, fue responsable de su muerte… De todas formas, si quiere que las cosas se hagan por el camino legal, estoy dispuesto a aceptar su denuncia y la señorita Prentiss será juzgada.

—No hace falta que monte su comedia, marshall.

—No será una comedia.

—¿Qué doce jurados se atreverían a condenar a una mujer tan bonita como ella? —dijo Fred Dillon con sarcasmo.

—No la absolverían por su belleza, sino porque tendrían en cuenta su relato.

—¿Cómo sabe que es cierto, marshall? Es sólo la palabra de ella, no hubo testigos.

—Precisamente, por eso, hemos de admitir la palabra de ella… Usted dice que descubrió en la mano de William uno de los pendientes de la señorita Prentiss, y él tiene arañazos en la cara. ¿No es eso?

—Sí.

El marshall se acercó a la joven y, sin pedirle permiso, la hizo girar y le levantó el cabello.

—Vea las marcas que tiene ella, Fred. Se tuvo que cambiar el vestido que llevaba cuando su hermano la atacó. La señorita Prentiss lo puede exhibir como prueba.

—No se canse, marshall.

—Comprendo que es muy doloroso para usted la muerte de su hermano, pero no puedo hacer nada.

—Yo sí.

—Usted tampoco.

Fred Dillon sacudió la cabeza.

—Marshall, voy a enterrar a mí hermano.

—Llévelo al cementerio. Está en el extremo opuesto del pueblo, en la colina. La penúltima casa de la calle es una empresa de pompas fúnebres.

—No, marshall. No lo voy a enterrar en Silver Creek. Me han dicho que hay una aldea en las montañas, a unas veinte millas de aquí.

—Sí, es un pueblo de mineros. Se llama Anaconda.

—Imagino que también tendrá su cementerio.

—Sí, lo tiene.

—Entonces, prefiero enterrarlo allí.

—Como quiera, Dillon, pero acepten los dos un consejo. Aléjense de la señorita Prentiss.

—¿Ya terminó, marshall?

—Sí, ya acabé.

—Gracias por el servicio que nos ha prestado.

Fred Dillon recogió del suelo los dos revólveres. Devolvió a Tom Steinberg el que le pertenecía y montó en el caballo.

Los dos jinetes se pusieron en movimiento llevando consigo al animal que transportaba el cadáver.

Se fueron alejando poco a poco por la calle Mayor.

El herrero Reynolds exhaló el aire de los pulmones.

—Demonios, he presenciado sucesos extraordinarios en mi vida, pero ninguno fue como éste… Necesito un trago de *whisky*.

Dio media vuelta y se metió muy deprisa en la herrería.

La joven miró el rostro del marshall.

—Gracias por lo que hizo, señor Scott.

—Era mi deber.

—¿Cree usted que volverán?

—Quizá, cuando lo piensen más fríamente, decidan marcharse.

—Ojalá sea así.

—¿Tiene miedo, Elga?

—Un poco.

—Puede renunciar.

—¿Qué?

—Lo que le ha ocurrido ha sido duro. Quizá deje huella en usted y, si ha de vivir en Silver Creek con miedo, es mejor que se marche.

—No me iré. Acepté ser maestra en Silver Creek y pienso cumplir con las obligaciones que contraje.

—Entonces, debe hacer otra cosa. No hace falta que empiece a dar las clases enseguida. Al fin y al cabo, el alcalde no la esperaba hasta dentro de un par de semanas… Puede alojarse en el hotel que está enfrente de mi comisaría. Conozco al dueño, dígale que le dé una habitación con una ventana a la calle. Mi ayudante y yo podremos vigilarla.

—Tendré en cuenta su sugerencia en lo que se refiere al hotel enfrente de su comisaría, pero empezaré a dar clases mañana mismo…

—¿Sabe que la escuela está más allá de las últimas casas, en el camino a Anaconda?

La joven miró los jinetes que estaban terminando de salir del pueblo.

Luego, clavó otra vez sus ojos en la cara del marshall.

—Empezaré mañana —repitió.

—Como quiera. No puedo oponerme.

—¿Dónde puedo dejar el carro y el caballo?

—Hay un establo a la izquierda del hotel.

La joven le dio nuevamente las gracias y subió al pescante. David Reynolds salió de la herrería con la botella y limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Marshall, esa chica te trajo complicaciones.

—Sí, David. Pero ya las tenía contigo y con Geraldine.

—No puedes comparar una cosa con otra… Esos tipos, Dillon y Steinberg, no se conformarán con lo que ha pasado aquí… Irán a Anaconda y apuesto a que, cuando reúnan coraje, se descuelgan otra vez por Silver Creek.

—Siempre has sido malo como profeta.

—¿Cuántas veces me he equivocado?

—Siempre.

—Te dije que la alcaldesa te buscaría las cosquillas y te las está buscando.

El marshall se pasó una mano por el cogote.

—Oye, David, ya estoy harto de esa historia… Y hasta ahora la alcaldesa no me buscó las cosquillas.

—¿Tú crees que no?

—¡No, maldita sea!

—Está bien, muchacho. No tienes por qué enfadarte.

—Lo que tienes que hacer es decidirte de una vez a sacar tu negocio del pueblo… Entonces, se solucionará el principal problema. ¿Crees que puedo estar toda la vida oyendo las protestas de Geraldine?

—Ya se acostumbrará a los ruidos.

—No puede acostumbrarse porque tiene razón. ¿Por qué

infiernos han de soportar los martillazos que sueltas durante la noche? Y no vuelvas a contestar que sólo haces tu trabajo. No quiero oír un martillazo aquí después de las siete de la tarde. ¿Lo oyes bien, David? Trabajarás como todo el mundo, a tus horas. Conserva tu herrería donde la tienes si te da la gana, pero vas a cumplir tus obligaciones como ciudadano…

—No existe ninguna ley que me prohíba trabajar cuando yo quiera.

—Iré a hablar con el alcalde. Conseguiré de él un acuerdo prohibiendo los ruidos nocturnos. Ya puedes estar seguro de que lograré eso.

—Buenas tardes, marshall —dijo una voz femenina.

El marshall se volvió.

Marcia Rowen estaba muy atractiva porque lucía un elegante vestido y un quitasol que hacía juego con el modelo.

—Ah, hola, señora Rowen.

—Me acaban de decir que estuvo usted a punto de morir.

El herrero Reynolds carraspeó fuertemente.

—Sí, señora alcaldesa, yo diría que hemos estado cerca de quedarnos sin marshall.

Jerry Scott fulminó con la mirada al herrero, el cual tosió otra vez y se internó en el local.

El marshall volvió a mirar el bonito rostro de la pelirroja.

—No fue nada, señora Rowen.

—Pero hubo tiros.

—Sí, los hubo, y es normal que un representante de la ley tenga que apretar el gatillo alguna que otra vez.

—Celebro que se haya salvado.

—Gracias.

—Creí que vendría usted por mi casa. Me refiero a la reunión de anoche… Se lo recordé el otro día. Le dije que preparaba una pequeña fiesta para agasajar a las autoridades de Silver Creek.

—No me gustan las fiestas con demasiada gente —dijo el marshall y al instante se arrepintió de haber dicho aquello.

La pelirroja le sonrió.

—Le diré algo en secreto, marshall. A mí tampoco me gusta la gente… Yo pienso que un hombre y una mujer es una pareja capaz de entenderse, y que tres personas es un mundo.

—Disculpe, señora Rowen. He de volver a la comisaría para hacer un oficio.

—Marshall, me han dicho que ha protagonizado usted grandes hazañas.

—Quien le dijo eso no estuvo muy afortunado.

—Es muy modesto.

—No creo que haya hecho nada del otro mundo. Se lo digo con sinceridad.

—Sin embargo, me gustaría oír cosas de su vida…

—Ya habrá oportunidad.

—Creo que la tendremos el día 14… Mi marido tiene reunión del Ayuntamiento en el almacén general… Me quedaré sola. ¿Vendrá usted, marshall?

—Me temo que…

—Lo espero, marshall —sonrió la joven y echó a andar alejándose de allí.

El marshall permaneció unos instantes quieto, sopesando la invitación de Marcia.

Oyó a sus espaldas al herrero.

—¿No crees que necesitas ahora ese trago de *whisky*?

Jerry dio media vuelta y vio a David sonriendo.

Lo señaló a la cara.

—¡Borra esa sonrisa irónica, Reynolds! Ella sólo quiere… sólo quiere escuchar la historia de mis aventuras.

—¿Quién dice que no, marshall?

—¡Vete al infierno! —gritó Jerry Scott y salió de la herrería.

CAPÍTULO VI

Habían hecho un alto a la orilla de aquel riachuelo.

Carol se había sentado en una roca para bañarse los pies.

Burgess observaba el fino tobillo de la joven, el comienzo de la pantorrilla…

Desde que seis días antes salieron de Dodge City, se daba cuenta de que Carol no había hecho más que provocarle.

Chuck era un estúpido enamorado y no se apercibía de nada.

Ahora Chuck había ido a por leña y Barry y Richard estaban cazando por el monte.

—Burgess —dijo Carol.

—¿Qué quieres?

—Por favor, ¿me alargas los zapatos?

—Desde luego.

Burgess tomó los zapatos y se acercó a donde estaba la joven.

Ella salió del río y resbaló un pie.

Cayó sobre Burgess y éste la abrazó para sostenerla.

—Has estado muy oportuno, Burgess.

El sintió la tibieza del cuerpo femenino.

—Debes tener cuidado. Has podido hacerte daño…

—No puedo hacerme daño si te tengo cerca a ti, ¿no te parece?

—No juegues con fuego, Carol.

—Cobarde.

Se miraron a los ojos y, de pronto, Burgess la atrapó por el cuello. Ella creyó que la iba a besar y entreabrió los labios.

—¿Qué clase de juego te llevas entre manos, Carol?

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—Me he enamorado de ti.

—Eso es una mentira.

—Es la pura verdad.
—Te casaste con Chuck…
—Ahora comprendo que fue un error.
—Sin embargo, eres su esposa y lo vas a respetar.
—Eres un tonto, Burgess. Todavía no he sido su esposa.
—El juez os casó en Dodge City.
—Aquello fue una ceremonia. Sólo eso.
—Para mí es bastante.
—Burgess, ¿es que tú no sientes nada por mí?
—Lo que podría sentir por otra mujer que se encontrase en tu lugar.
—Mientes otra vez. ¿Crees que no sé lo que me dicen tus ojos cuando me miran?
—Oye, pequeña. Llevamos muchos días de viaje y en todo ese tiempo no hemos visto a una sola mujer… Es lógico que, de vez en cuando, te eche una ojeada…
—¿No te resulto atractiva?
—No continúes… Ya te lo he explicado todo.
—¿Es que le tienes miedo a Chuck?
—No, no le tengo miedo a Chuck ni a nadie… Pero tú no entras en mis planes.
Ella apretó los labios con fuerza.
—Suéltame.
Burgess la dejó libre y se apartó de ella.
Carol se sentó otra vez en la roca y se puso los zapatos con mal genio.
—Creí que eras más hombre.
Él se volvió bruscamente.
—Si vuelves a decir otra cosa como ésa, te voy a cruzar la cara… Métete esto en la cabeza, Carol. Vamos a cometer un asalto. Es necesario que todos tengamos una disciplina. Chuck, Barry y Richard cumplirán mis órdenes a rajatabla. No puedo consentirles una vacilación. Es la última vez que me diriges la palabra para hablarme de amor. No quiero jaleos… ¿Lo oyes bien?
En aquel momento oyeron a Chuck que se acercaba silbando.
—Punto final, Carol —dijo Burgess.
—Maldito seas —gruñó Carol.
Chuck se acercó riendo.

—¿Te has lavado los piececitos?

Carol miró a su marido con fiereza. De buena gana lo hubiese enviado al diablo.

—Chuck, te he dicho que no me hables de esa forma. Al menos, delante de extraños —dijo lo último mirando a Burgess.

Chuck soltó una carcajada.

—Está bien, Carol.

También regresaron Richard y Barry. Habían cazado un conejo.

Después de la comida, bebieron café y encendieron cigarrillos.

Carol se tendió en la fresca hierba. Se desperezó como una gata.

—Tengo sueño.

Richard y Barry sólo tenían ojos para la mujer.

Burgess se decía que Carol se había convertido en un barril de dinamita.

Era justamente le que él esperaba. Por ello se había llevado consigo a la muchacha. Ésa era la verdadera razón.

Cuando conoció a Carol en la habitación del hotel supo inmediatamente que, con ella, sacaría partido.

Richard, Barry y Chuck terminarían peleando por la joven.

Pero Carol se había ido a fijar en él. La chica tenía sus razones. ¿No era Burgess el jefe?

Chuck se echó sobre ella para besarla.

—Estate quieto, he dicho que quiero dormir.

—¿No puede dormir un marido con su mujer?

—Chuck, ¿es que no te das cuenta de que nos están mirando?

—Ellos son buenos chicos. Comprenden.

—Yo no comprendo. Me iré a otra parte a dormir.

Burgess intervino.

—Reanudaremos el viaje dentro de una hora.

La joven desapareció por detrás de unas rocas.

Chuck fue a ir detrás de ella, pero Burgess dijo:

—Espera.

—¿Qué te pasa, Burgess? Quiero estar a su lado. —Ya tendrás tiempo para ocuparte de ella. Ahora tenemos que hablar del asalto.

—¿Justamente ahora?

—Sí, y quiero que me escuchéis todos con atención.

Chuck se dejó caer en el suelo, entre Richard y Barry.

Sólo Burgess estaba en pie.

—Invertiremos en el asalto un par de horas. Durante ese tiempo seremos los verdaderos dueños de la ciudad…

—¿Atacaremos la comisaria? —dijo Barry.

—No, no es eso.

—La alcaldía —apuntó Richard.

—Tampoco.

—¿Qué es entonces? —preguntó Chuck.

—Os advertí que no lo sabréis hasta que estemos a un día de Silver Creek.

—Has dicho que íbamos a hablar del asalto.

—Me refería al botín.

Los tres compañeros de Burgess Miller cambiaron miradas y sonrisas.

—Es un buen tema de conversación, ¿verdad, muchachos? —dijo Barry.

Chuck y Richard asintieron.

Burgess carraspeó.

—Ya os dije que espero sacar ciento cincuenta mil dólares. La mitad será para mí. El reto, a partes iguales entre vosotros. No diréis que no soy generoso. Tendréis veinticinco mil dólares cada uno… ¿Algo que objetar?…

Barry lanzó un chillido y se dejó caer hacia atrás levantando las piernas.

Richard arrojó el sombrero al suelo riendo a mandíbula batiente.

—Eh, muchachos… al fin seré rico.

Chuck era el único que no exteriorizaba su alegría. Había entornado los ojos dejando perder la mirada a lo lejos.

—Carol y yo nos iremos a California —dijo—. Compraré un buen trozo de terreno en el Valle de San Fernando… Dicen que allí los granos de uva son como melones. Es la mejor tierra del mundo… ¿Lo oís, muchachos? Tendré una granja y Carol me dará media docena de hijos.

Richard y Barry se habían quedado serios.

—Espero que seas muy feliz con ella —dijo Burgess.

Barry se mordió el labio inferior.

—Lo seremos, Burgess. No debes tener la menor duda.

Barry se levantó.

—He de llenar las cantimploras de agua.

Se dirigió a donde estaban los caballos y tomó su cantimplora y la de Richard. Luego fue al río, justo por el lugar donde suponía debía estar Carol.

Se había tendido otra vez en la hierba.

Carol tenía los ojos cerrados y parecía dormir.

Barry se fue acercando lentamente a ella, sin hacer el menor ruido.

Se arrodilló cerca.

Nunca había visto a una mujer que poseyese una piel tal atractiva. Debía ser delicada, fina, como el raso.

Alargó la mano y tomó con la yema de sus dedos el cuello de Carol.

Ella dio un respingo y se incorporó quedando sentada.

Miró a Barry.

—¿Te he asustado? —preguntó Barry.

—Sí. ¿Dónde están los demás?

—Ahí detrás, hablando de sus cosas…

—¿Por qué me tocaste?

Barry sentía la garganta reseca. Estaba muy cerca de ella.

—Carol, tú no puedes querer a Chuck.

—¿Qué dices?

—El jefe nos acaba de decir que tendremos cada uno veinticinco mil dólares. Chuck se va a conformar con eso, con la parte que el jefe le dé…

—¿Y tú, Barry?… ¿Es que no te vas a conformar?

—No, yo no… Bueno, quiero decir que yo no me conformaré si tú estás de acuerdo conmigo.

—¿En qué he de estar de acuerdo?

—¿Prometes que no se lo dirás a nadie?

—Sí, te lo prometo.

—Si mato a Chuck, y te quedas conmigo, te podré ofrecer cincuenta mil dólares.

—¿Serías capaz de eso, Barry?

—Lo haría por ti, ya te lo he dicho.

—¿Con cuánto se va a quedar el jefe?

—Setenta y cinco mil…

La joven sonrió.

—Si matases a Burgess, tendrías cien mil dólares.

Barry parpadeó.

—Pero yo no puedo matar a Burgess.

—¿Por qué no?

—Porque es a él a quien se le ha ocurrido el plan. Además es Burgess quien tiene que sacarnos de allí, ¿lo oyes?… No basta con pegar el asalto, luego hay que escapar.

—Escapar lo sabe cualquiera. ¿Para qué necesitas a Burgess? Sólo se tratará de llegar cuanto antes a la frontera de México. —Carol hizo una pausa—. Has de matar a Chuck y a Burgess si quienes tenerme.

Barry se quedó perplejo.

—Entonces, ¿vendrás conmigo?

—Sí.

—No me puedes pedir que mate a Richard.

—Sé que aprecias mucho a Richard. No, no te puedo pedir que lo mates a él. Por eso sólo te nombré a Chuck y a Burgess.

Barry se echó a reír.

—Serían ciento veinticinco mil dólares. No está mal, ¿eh?

—Vete ahora. Has de disimular.

—Sí, Carol…

Barry se apartó de ella y la joven se tendió de nuevo en la hierba.

Barry se encaminó a la orilla. Mientras llenaba las cantimploras volvió la cabeza y miró a Carol.

Sí, aquella mujer valía dos vidas.

CAPÍTULO VII

—Eh, jefe —dijo Hardy Masón entrando en la comisaría de Silver Creek—. Traigo noticias de los pistoleros del otro día, ya sabe de Fred Dillon y de Tom Steinberg.

—¿Qué hay con ellos, Hardy? —preguntó Scott, que estaba sentado tras la mesa.

—Siguen en Anaconda. Acabo de ver a Chris Carpenter, que se ha llegado al pueblo para comprar unas mantas… Me contó que le hicieron un buen entierro a William Dillon… Se gastaron quince dólares en un sepelio de primera, y hasta contrataron al coro de mineros… Por lo visto fue un acto muy sonado.

—Lo celebro.

—Me da mala espina, jefe… ¿Ha hablado con la maestra?

—La he visto un par de veces durante estos últimos días, pero preferí no hablar del asunto porque le traería malos recuerdos.

—Peores recuerdos tendrá si se presentan esos tipos aquí.

—Puse al viejo Jonás cerca de la escuela. Le pago medio dólar de mi bolsillo.

—¿Por qué no me lo dijo, jefe?

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones de lo que hago? Si te lo hubiese dicho, lo habrías ido contando por ahí.

—Entonces, ¿por qué me lo dice ahora?

—Porque no tenía noticias de Fred Dillon y Tom Steinberg y tú me las acabas de dar. Te prohíbo que digas a nadie lo de la vigilancia de Jonás, ¿me entiendes?

—Sí, jefe, seré una tumba.

Jerry se puso a liar un cigarrillo.

—Eh, jefe —habló Hardy—. Parece que la maestra les ha caído bien a los niños…

—Sí. Y también a los padres.

—Aunque esté mal el decirlo, creo que los muchachos van a aprender más que con la señorita Smith.

—No eres justo al decir eso. La señorita Smith tenía sesenta años, Hardy, y sus muchas dolencias no le permitían cumplir su misión como una joven de veinticuatro o veinticinco años. Pero la señorita Smith fue una buena maestra.

—Un poco gruñona, diría yo.

—Todos los maestros terminan por ser gruñones. Es una enfermedad de su profesión.

—Caramba, cuesta trabajo pensar que Elga Prentiss termine así también.

—Ya basta de chismes, Hardy.

—¿Puedo ir a la barbería?… Necesito un corte de pelo.

—Sí, Hardy, puedes ir a que te pelen, pero después vuelve aquí.

—A la orden, jefe.

Hardy salió de la oficina.

Jerry encendió un cigarrillo.

En ese momento entró un visitante. Era la pelirroja, la mujer del alcalde Marcia Rowen.

—Hola, marshall.

—¿Qué tal, señora Rowen?

La joven se quedó muy seria al tiempo que cerraba la puerta.

—No vino usted anoche a mí casa, como había prometido.

—No le prometí nada.

—¿Es que no lo recordó?… Le dije que mi marido tenía reunión en el Ayuntamiento.

—Yo también fui a la reunión.

Ella sonrió.

—Comprendo, lo citaron a usted y tuvo que ir por obligación.

Jerry se puso en pie, dio un suspiro y se acercó a la joven.

—Señora Rowen, se está equivocando conmigo.

—¿Qué?…

—Fui al concejo porque decidí que era mejor estar allí que no en su casa… Pude irme a otra parte, pero preferí el general, donde se celebraba la reunión, para estar a la vista de su marido… Soy el marshall de esta ciudad, señora Rowen, y debo velar por muchas cosas, una de ellas por mi buen nombre…

—Es usted un idiota.

—Quizá se lo parezca, pero mi opinión es otra. Sería un idiota si aceptase sus insinuaciones.

—¿Es que me va a rechazar?

—Ya lo estoy haciendo, señora Rowen.

—Pero no me negará que usted sintió interés por mí.

—Sí, siempre lo sentimos cuando conocemos a una mujer hermosa. Más tarde, ese interés puede redoblarse o desaparecer… Con usted mi interés ha desaparecido. Usted no es una mujer discreta Rowen. Ha dado lugar a que su nombre y el mío está en boca de todos los ciudadanos, cuando no ha ocurrido nada. Ahora le recuerdo que está en mi oficina, y los dos estamos aquí solos…

—Mi marido fue un momento al almacén. Le dije que lo esperaría aquí… que usted me había prometido enseñarme el rifle con que mató a cuatro forajidos hace dos años.

—Pero usted no vino a eso…

—Claro que es un cuento. Mi propio esposo me dijo lo de esos cuatro forajidos, y yo inventé lo demás, lo de que usted me iba a enseñar ese rifle… Sólo quería darle una nueva cita.

—Siento que haya perdido su tiempo.

—Todavía puede rectificar, marshall.

—No, señora Rowen, y le ruego que, a partir de ahora, se olvide de mí… Hemos de terminar de una vez por todas con esos rumores. Colabore usted conmigo en demostrar a la gente que es una fiel esposa y yo un marshall decente.

La joven lo miró sin decir nada durante unos instantes.

—Me las va a pagar, marshall.

—Oiga, éste es un pueblo pequeño, ¿por qué usted y yo no hemos de vivir en paz?

—Porque me ha despreciado y eso yo no lo perdono a ningún hombre.

—Se rebaja usted a la altura de una cualquiera.

Se oyeron pasos en el porche.

Marcia soltó una bofetada en la cara de Jerry cuando se abría la puerta.

En el hueco apareció el alcalde.

Malcolm Rowen era un hombre rechoncho, de unos cincuenta y cinco años, un palmo más bajo que su mujer.

—¿Qué ha pasado aquí, Marcia? —dijo.
—El marshall me acaba de besar a traición.

CAPÍTULO VIII

El alcalde entró y cerró la puerta.

—Marshall, ¿qué tiene que decir?

—Imagino que si le digo que su mujer miente, no me va a creer.

—Desde luego que no lo creeré. Lo que usted acaba de hacer es indigno, marshall, y será mejor que presente su dimisión.

—¿De qué está hablando, alcalde?

—Ya lo ha oído… Deje su estrella sobre la mesa.

—No la voy a dejar.

—Fui yo quien lo contrató como marshall.

—No diga estupideces. Fui elegido por el pueblo de Silver Creek.

—El pueblo de Silver Creek jamás le habría dado sus votos si yo no hubiese patrocinado su candidatura.

—Alcalde, es usted un tipo pretencioso. El pueblo de Silver Creek sabe que soy un buen marshall, y me votaría aunque usted no me apoyase.

—Pediré a mis compañeros del Ayuntamiento un acuerdo para echarlo a usted de aquí. Y entérese, marshall, ¿cree que no supe el interés que usted sentía por mi mujer?… ¿Piensa acaso que no he oído ciertas cosas que se han dicho por ahí acerca de su absurdo comportamiento con Marcia?…

Jerry sentía que la ira le quemaba la sangre.

Miró a Marcia, que estaba detrás del alcalde, y ella aprovechó aquel momento para sacarle la lengua.

El alcalde estaba ridículo en aquella actitud de hombre cuyo honor había sido ultrajado, pero era Marcia, su propia mujer, la que lo ridiculizaba más.

—Alcalde, he cumplido siempre con mi deber en esta comisaría.

—Usted tiene un raro sentido del deber, marshall. Pero no voy a

discutir eso con usted. Hemos terminado. O dimite usted por las buenas, o mis compañeros del Ayuntamiento y yo lo dimitiremos por las malas.

—Tendrá que ser por las malas, alcalde.

—Acepto su desafío.

El alcalde se dirigió hacia la puerta.

—Vamos, Marcia.

—Sí, querido, no puedo quedarme un minuto más aquí… Jamás en mi vida me había sentido tan avergonzada… ¿Sabes cómo empezó a hablar el marshall? Me dijo que yo debía estar encantadora en camisón…

—¡Basta, Marcia!… ¡No quiero que repitas esas suciedades!…

—Sí, Malcolm…

—Desinfectaremos esta oficina cuando el marshall se haya ido.

El alcalde y su mujer salieron de la comisaría.

Jerry arrojó el cigarro contra la pared.

La pelirroja había cumplido su palabra y ya lo estaba pagando.

Abrió un cajón y sacó una botella de *whisky*. Nunca bebía a aquellas horas, pero lo que le acababa de ocurrir también había roto su costumbre de no perder la calma en los momentos difíciles.

Bebió un trago y luego otro, paseando por la estancia.

¿Cuál sería el resultado?… ¿Lograría el alcalde que sus compañeros del Ayuntamiento lo dimitiesen? ¿Por qué no iba a hablar con el doctor Hillman y con Stack, el almacenista general?…

Echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo cuando ya tenía la mano en el tirador.

Se vio ante el doctor y Stack, diciendo:

—Caballeros, soy una víctima de la alcaldesa… Me tendió sus redes pero yo no caí… Me dio una cita en su casa, y yo no quise ir… Luego vino a la comisaría y se me ofreció gratuitamente y de nuevo la rechacé…

No, el doctor Hillman y Stack no creerían eso. ¿Cómo un hombre podía rechazar a una mujer tan atractiva, tan hermosa, tan seductora como Marcia Rowen?

¿No era más lógico pensar que la verdadera historia era la de la alcaldesa?

Volvió a su mesa y se sentó en la silla.

Tenía que esperar la decisión.

Estaba atado de pies y manos.
Fumó otro cigarrillo.
Hardy entró en la oficina como siempre, bruscamente.
Le habían cortado el pelo.
—Eh, jefe, ¿es cierto lo que ha pasado?
—¿Qué ha pasado, Hardy?
—Dicen que el alcalde lo sorprendió a usted cuando estaba atornillado con su mujer.
—Eres un bruto, Hardy… No ocurrió nada de eso. Esa mujer ha resultado ser peor que una serpiente de cascabel… Me preparó una trampa.
—¿Una trampa dice?
Jerry gritó:
—Sí, maldita sea, una trampa, pero no hace falta que te explique cómo fue.
—El alcalde y los miembros del concejo están reunidos en el almacén general.
—Ya lo sé.
—Se habla de que le van a pedir que renuncie. Imagino que es una broma.
—No, Hardy, no lo es.
—Demonios, ellos no pueden hacer eso con usted. Es el mejor marshall que ha tenido Silver Creek y eso lo dicen los más ancianos.
Se oyó un runruneo en la calle.
Hardy se volvió hacia la ventana.
—Creo que ya vienen.
—Abre la puerta, Hardy.
—Sí, jefe, ahora mismo.
El ayudante abrió la puerta y entraron por el hueco el alcalde Rowen, el doctor Hillman y Stack, el almacenista general.
El alcalde tosió.
—Marshall, ostentamos la representación de todo el Ayuntamiento.
—¿Y qué?
—Se adoptó un acuerdo por mayoría… Pedirle que renuncie a su puesto.
Jerry miró al doctor Hillman.
—¿Usted también, doctor?

—Bueno, marshall, no tiene que recriminarme… Tuve que asistir a la señora Rowen. Sufre un gran desequilibrio nervioso. Le he ordenado que se tome unos comprimidos y se meta en la cama. Luego pasaré a verla.

El almacenista Stack era delgado, huesudo y con fama de puritano. Dijo:

—Marshall, debo poner de manifiesto sus magníficas condiciones como representante de la ley, pero siempre pensé que su moralidad era muy dudosa, y al decir moralidad, me refiero a su conducta con respecto a las mujeres. Debo agregar que…

—Usted no va a agregar nada.

—¿Qué?…

—Ya lo ha oído, Stack.

Jerry se quitó la estrella del pecho.

Estaba ebrio de rabia.

La arrojó sobre la mesa.

—Ahí tienen mi insignia.

—Le aceptamos la renuncia —dijo el alcalde con voz casi jubilosa.

Jerry se dirigió hacia la primera autoridad municipal.

Rowen retrocedió unos pasos.

—¡Recuerde que, si me pega ahora, ya no es marshall!

—No, no le voy a pegar, alcalde, pero es usted una víctima.

—¿Todavía se atreve a decirme eso?

—Me ha comprendido mal. Es una víctima de esa actriz.

—Sé perfectamente que mi mujer fue una actriz y lo considero como algo muy honroso.

—Tampoco me entendió ahora. Su mujer representaba antes en un escenario y ahora sigue representando en la vida real… No hay una sola palabra de verdad en lo que le ha contado a usted acerca de lo que pasó entre ella y yo. Su mujer se ha querido deshacer de mí porque justamente no pasó lo que usted ha creído que pasó.

El alcalde se puso rojo como una cereza.

—Señor Scott, está insultando a mí mujer, me está insultando a mí…

—No he pretendido ofenderlo, sino dejar aclaradas las cosas antes de largarme.

Se dirigió a su ex ayudante.

—Hardy, reúne mis cosas y llévalas al hotel…
—Sí, jefe.
—Llámame Jerry. Ya dejé de ser tu jefe.
—Sí, jefe, digo Jerry.
Jerry abrió la puerta de golpe y se volvió.
—Les puedo decir una cosa, autoridades… Por primera vez en mi vida me arrepiento de algo… Ahora, de pronto, acabo de comprender que ustedes no se merecían lo que he hecho por esta comunidad.
Jerry cerró de un portazo.
Se hizo un silencio en la estancia y luego el alcalde dijo:
—Hardy, desde ahora eres marshall provisional.
—No me interesa.
—¿Qué dices, Hardy?…
—El cargo me viene grande.
—Eso es una tontería. Silver Creek es un pueblo pacífico. Cualquiera puede aceptar el cargo de marshall.
—Creo que se equivoca, alcalde. A usted le parece que Silver Creek es un pueblo pacífico. Lo era porque Jerry Scott estaba al frente de la comisaría. Durante los primeros meses, Jerry demostró que era un tipo que no admitía componendas con nadie y que impondría la ley a todo el que se desmandase. La gente se disciplinó, decidió obedecer. ¿Por qué está tan ciego, alcalde? Yo tengo fama de ser tonto, y sin embargo, lo vi claro.
—Hardy, ya fui humillado hoy una vez y no te consentiré que tú lo vuelvas a repetir. ¿Quieres o no ser marshall?
—La respuesta es no.
—Está bien, nombraremos a otro.
—También tendrá que nombrar a otro ayudante. —Hardy se quitó la estrella y la arrojó sobre la mesa.
—Eres un estúpido, Hardy —dijo el alcalde—. Sólo servías para ayudante de marshall.
—¿Y para qué sirve usted? ¿Cree que es un buen alcalde? Está equivocado. Sólo lo eligieron porque es usted el hombre con más dinero de Silver Creek. Si no lo tuviese, lo habrían elegido para barrendero.
—¡Hardy, no te consiento eso!
—Ya está dicho, alcalde, y no me retracto una sola palabra. Ah,

y por si no lo sabe, hay muchas personas en la ciudad que piensan lo mismo que yo.

Hardy desapareció por el corredor que conducía a las habitaciones interiores de la comisaría. Debía agregar ahora sus útiles a los de Jerry.

El alcalde miró a sus acompañantes.

—¿Piensan ustedes como Hardy?

El doctor y el almacenista se miraron y sacudieron la cabeza.

—De ninguna forma, señor Rowen —sonrió el doctor—. Usted es toda una personalidad.

—Gracias, doctor. ¿A quién nombramos marshall?

—Propongo a Jurge Hayden —dijo Stack—. Le oí decir que se quería ir hacia el norte en busca de una comisaría.

—Muy bien, ya no hace falta que se vaya. Aquí tiene el puesto que deseaba.

Capítulo IX

—No debiste hacer eso, Hardy —dijo Jerry Scott.

—Ya está hecho.

—Deberías volver otra vez allí y recoger tu placa. Seguro que te aceptan.

—No haría eso ni aunque me doblasen el sueldo, a menos que entrase usted.

—¿Quieres tutearme de una vez por todas? ¿Cuántas veces quieres que te lo diga?

—Ha sido mucho tiempo de tratarlo de usted. Deme algún plazo para acostumbrarme.

—Anda, vamos al saloon de Geraldine, te invito a un trago.

—Es lo que digo yo, ¿por qué no hemos de alegrarnos?

Salieron de la habitación y bajaron la escalera.

Cuando cruzaban el *hall* hacia la calle, entró Elga Prentiss, la nueva maestra.

—Señor Scott…

—Hola, señorita Prentiss.

La joven miró el pecho de Jerry y luego otra vez a la cara.

—¿Entonces es verdad que ya no es marshall?

—No, no lo soy.

—Cuánto lo siento…

—Gracias.

—Pero estoy segura de que usted no ha hecho eso que dicen.

Jerry sonrió.

—Será la primera persona que me crea, después de Hardy.

—¿Qué va a hacer ahora, señor Scott?

—Me marcharé de Silver Creek.

—¿Adónde?

—Todavía no lo sé.

—Creo que no debe marcharse. Estoy segura de que volverán de su acuerdo. Ha habido un mal entendido.

—Es usted muy amable, señorita Prentiss, pero creo que las cosas quedaron bastante claras. Hablemos de usted, ¿cómo va su escuela?

La joven sonrió.

—Muy bien. Tengo un magnífico plantel de muchachos. Hay algunos muy listos. Estoy realmente satisfecha.

—Me alegro mucho que lo esté.

Hubo una pausa embarazosa y luego la joven dijo:

—Señor Scott, quiero agradecerle todo lo que ha hecho por mí.

—Ya me dio las gracias cuando ocurrió.

—No me refería a eso, sino a Jonás.

—¿Jonás?

—Ese hombre que usted puso cerca de la escuela. Me extrañó verlo allí casi todo el día y hablé con él.

Jerry se miró las botas.

—A Jonás le voy a retorcer el cuello.

—También tendría que retorcérselo usted mismo.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Lo he visto muchas veces desde mi ventana. Usted estaba en la de la comisaría mirando hacia el hotel, y también sé que ha visitado con frecuencia este *hall* y que ha preguntado al empleado por mis visitantes.

—Está bien, señorita Prentiss, no hice nada especial. Pensé que su vida corría peligro y me he preocupado un poco por usted. Con respecto a eso, debo decirle que Fred Dillon y Tom Steinberg están en Anaconda.

—Ya lo supuse debido a su vigilancia.

Jerry se rascó tras una oreja.

—Tendrá que hablar con el nuevo marshall y explicarle la situación.

—Creo que no lo haré.

—¿Por qué no?

—No puedo estar toda la vida pendiente de esos hombres.

—No va a ser toda la vida. Ellos se marcharán o vendrán a Silver Creek. Creo que lo resolverán en unos días. No sea temeraria,

señorita Prentiss.
—Está bien, señor Scott. Hablaré con el nuevo marshall.
—Eso me tranquiliza mucho. Hasta luego.
Jerry y Hardy encaminaron sus pasos hacia el saloon de Geraldine.
—Nunca te vi tan serio con una mujer, Jerry —dijo Hardy.
—El tema de la conversación era serio.
—Sí, claro.
Se dirigieron a la barra y Jerry pidió a un camarero dos *whiskys*.
Geraldine Simmons se les acercó.
—Caramba, si son las antiguas autoridades de Silver Creek.
—Anda, Geraldine, desahógate —repuso Jerry—. Ya puedes ponerme como un trapo por no haberte quitado de en medio a Reynolds.
—Sí, me voy a desahogar.
—Adelante.
—Ese alcalde es un burro y también son unas acémilas el doctor y todos los demás que votaron el acuerdo de obligarte a renunciar. No puedo decirte mi edad porque es un secreto que me llevaré a la fosa, pero sí te puedo asegurar que he recorrido una veintena de pueblos del Oeste y nunca encontré a un representante de la ley más eficiente que tú, Jerry Scott.
Jerry sonrió moviendo la cabeza.
—Geraldine, no te voy a pedir que te cases conmigo, de modo que deja de decir mentiras.
—No he dicho una sola mentira. Ha sido la pura verdad. Tu temple ya lo quisieran tener los *sheriffs* de mayor categoría.
—Está bien, está bien, basta ya.
—Puedo darte una recomendación para el *sheriff* de Abilene. Seguro que él te acepta como ayudante, aunque si él supiese lo que vales, no te admitiría, porque en las próximas elecciones le podrás arrebatar el cargo si te lo propones.
—Pensaré en tu oferta.
—Pero no hace falta que te vayas tan lejos. Puedes quedarte en mi local como encargado del orden.
—Tienes ya a Leonard.
—Te equivocas. El encargado del orden has sido tú… Leonard apenas ha tenido que hacer mientras tú has sido marshall. Pero

ahora las cosas cambiarán y Leonard no podrá con su trabajo. Naturalmente, no pienso despedirlo.

—Eres muy amable, pero después de ser marshall de Silver Creek no puedo quedarme en un saloon como cuidador del orden. No creas que se trata de orgullo. Un hombre debe cambiar de aires cuando pierde la confianza de los que le dieron la autoridad.

—Sí, Jerry, creo que tienes razón. —Geraldine dio un suspiro—. Lástima que en el mundo hayan tantos ciegos.

Jerry tomó su *whisky*.

—Por ti, Geraldine, y porque al fin soluciones tu pleito con Reynolds.

—Ese mulo y yo nunca llegaremos a un acuerdo, a pesar de tus buenos deseos.

CAPÍTULO X

—Estoy muy contenta de vuestro comportamiento —dijo Elga Prentiss a los veinticinco niños que se reunían en la clase—. Y tengo que daros una buena noticia.

Los niños se pusieron a aplaudir.

—Silencio.

Los alumnos se fueron acallando poco a poco.

—Me han dicho que hay lugares cercanos a Silver Creek que son ideales para hacer excursiones. Los visitaremos poco a poco. Pasaremos un día en el campo y vosotros podréis jugar a vuestras anchas. Otra vez estallaron las ovaciones.

—Pero no me habéis dejado terminar —dijo Elga Prentiss—. Estas excursiones tendrán carácter de premio. Cada día daré una puntuación colectiva a la clase, según el comportamiento general. Por ejemplo, vuestro comportamiento de hoy merece cuatro puntos. El máximo será de cinco. Los puntos se irán sumando. Cuando lleguen a cien, haremos una excursión. Pero, un momento, todavía no he terminado. Naturalmente, también os podéis portar mal y, en ese caso, os daré puntos negativos, con lo cual quiero decir que restaremos del total. Así pues, va a depender de vosotros el número de excursiones que hagamos durante el curso.

El júbilo fue general.

Una niña de unos doce años levantó el brazo.

—¿Qué quieres, María?

—Propongo que la primera excursión se haga al Lago de los Patos. Una vez me llevó mi padre y lo pasé muy bien.

—Está bien, María. Durante los próximos días haré una relación de los lugares a donde podemos ir. Naturalmente no pueden ser muy lejanos, ya que hemos de regresar a una hora oportuna para

que en vuestra casa no se preocupen.

En aquel momento se abrió la puerta que daba acceso al aula.

Elga vio allí un hombre.

Se asustó en el primer momento porque, debido a la penumbra, le hizo recordar a Fred Dillon.

Pero ahora el hombre se movió y vio su cara. No, no era Fred Dillon, ni tampoco Tom Steinberg.

Algunos niños también habían vuelto la cabeza.

—¿Es usted el padre de alguno de los alumnos? —preguntó Elga.

—No, pero quiero hablar con usted. ¿Puede salir un momento?

Elga se sintió un poco confundida. Pero dijo:

—Sí, ya voy. Niños, repasad la lección de geografía.

Bajó de la tarima y se encaminó hacia la puerta.

El desconocido le hizo una leve reverencia, cediéndole el paso.

En el corredor no había nadie.

El hombre cerró la puerta.

Elga se fijó ahora con más atención en él. Era rubio, de ojos claros, parecía educado.

—¿Dé qué quiere hablarme, señor?

—Del colegio, de sus niños, de usted.

—No lo entiendo.

—Me comprenderá enseguida, señorita Prentiss.

—Por favor, tendrá que ser rápido, no quiero dejar a los niños demasiado tiempo a solas.

—Le preocupan, ¿eh?

La joven parpadeó.

—Claro que me preocupan. Soy su maestra. Aunque llevo con ellos sólo unos días.

—Pero les ha tomado cariño.

—Sí, desde luego, señor. Eso me recuerda que todavía no me dijo su nombre.

—Burgess Miller.

—¿Quiere decirme ya lo que desea, señor Miller?

—Sí, señorita Prentiss, se lo diré enseguida. Deseo ciento cincuenta mil dólares.

La joven arrugó el ceño.

Ahora creyó comprenderlo todo.

Aquel hombre estaba loco.

Burgess Miller sonrió.

—No, señorita Prentiss, no he perdido el juicio.

—Pero, señor Miller, seguramente no le habré oído bien.

—Me oyó perfectamente, pero la culpa no es mía. Todavía no me he explicado… Naturalmente, los ciento cincuenta mil dólares no los va a poner usted, aunque usted va a ser la encargada de reunirlos.

—Ahora lo entiendo menos.

—Tengo mucha paciencia, señorita Prentiss.

—Yo no, y no puedo seguir hablando con usted. Mis chicos me esperan, disculpe.

No era cierto. Había tenido una idea. Sí, un pensamiento fugaz había cruzado por su mente y le había aterrorizado tanto que, en una fracción de segundo, su cuerpo se había helado.

Echó a andar para entrar en el aula, pero aquel hombre la tomó por el brazo.

—No le he dicho que se marche, señorita Prentiss.

Ella volvió la cabeza y miró la mano con que él la sujetaba.

—Suélteme, me está haciendo daño.

—Esto es un secuestro, señorita Prentiss.

—¿Qué tontería está diciendo?

—Sus veinticinco niños están secuestrados.

—Márchese de aquí inmediatamente.

—El pueblo de Silver Creek tendrá que pagar un rescate de 150 000 dólares para que a estos niños no les pase nada.

—Dijo antes que no había perdido el juicio.

—Le demostraré que estoy muy sano.

Burgess hizo chascar los dedos de su mano. Por el fondo del corredor se dejaron ver Richard y Barry.

Se quedaron quietos, sonriendo hacia la maestra.

—Ésos son dos de mis hombres. Tengo otro en la puerta. No dejará entrar a nadie. Estos dos y yo nos ocuparemos del interior.

—Es absurdo… No he oído mayor barbaridad en toda mi vida. Nadie puede secuestrar veinticinco niños.

—Yo tengo esa especialidad.

—¿Que usted…?

—Sí, señorita Prentiss, hice lo mismo que aquí en otra ciudad

hace algunos años, durante nuestra guerra. Entonces me salió bien y esta vez también me saldrá.

—Señor Miller, ¿van a hacer daño a esos niños?

—No tengo interés en hacerles ningún daño, y espero que ustedes me den oportunidad para que los deje sanos y salvos. Eso va a depender de usted y de la gente de Silver Creek.

—Pero lo que usted quiere hacer es una atrocidad… Dentro de una hora estos niños tienen que salir del colegio.

—No saldrán.

—¿Sabe a lo que se expone?

—Señorita Prentiss, sólo quiero decirle una cosa. Hemos hecho un viaje de quince días para llegar hasta aquí. ¿Cree que habríamos llegado tan lejos sin saber a lo que nos exponíamos?

—¿Por qué eligieron Silver Creek? En quince días habrán cruzado por muchos pueblos.

—Se lo diré, señorita Prentiss. Este pueblo está solo a doscientas millas de la frontera mexicana.

—Hay otros pueblos más cerca de la frontera.

—Pero no son tan ricos como éste.

—No creo que los ciudadanos de Silver Creek puedan reunir 150 000 dólares.

—Y yo le digo que sí.

—Señor Miller… Le suplico que no siga adelante.

—Le dije antes que está decidido. Será mejor que no pierda el tiempo. Usted va a ser nuestro correo. Irá a hablar con el alcalde, con el banquero, con las fuerzas vivas de la ciudad, no se entretenga… Expóngales el caso. Ahora son las cuatro de la tarde, queremos marcharnos de aquí a las seis, y nos iremos con 150 000 dólares. Mañana usted podrá rehacer su escuela y estará con sus niños como si nada hubiese pasado, ¿ve qué sencillo?

—Es usted un sádico criminal.

—Cuidado, señorita Prentiss, esto es sólo un negocio.

—¿Cómo se atreve a hablar así? ¿Se da cuenta del pánico que va a cundir entre los niños cuando se enteren de lo que pasa?

—No tienen por qué enterarse.

—Pero ellos salen a las cinco.

—Usted los entretendrá con cualquier motivo.

—¿Tampoco ha pensado en sus padres? ¿No se ha detenido a pensar lo que sufrirán cuando sepan que sus hijos están en manos de unos forajidos?

—Claro que lo he pensado, y en eso confío para que a las seis de la tarde estén aquí los
150 000
dólares.

—Es usted…

—Ya lo sé, un criminal, un tipo repugnante, pero déjese de monsergas y ocúpese de nuestro negocio.

—Está bien, iré al pueblo.

—Eso está mejor. Ha de volver en una hora para decirnos cómo van las cosas. Eche a andar hacia la calle.

—Todavía no.

—¿A qué tiene que esperar?

—Hablaré con los niños para justificar mi ausencia.

—Está bien, entre, pero acabe pronto. No haga un folletín lacrimógeno de su despedida.

—No tiene usted corazón —dijo Elga, y entró en el aula.

Cerró la puerta a su espalda e inspiró profundamente.

Por unos momentos se había sentido falta de fuerzas, cuando estuvo al lado de aquel hombre, pero ahora, a la vista de los niños, recuperó las energías.

—Niños… —dijo, y esperó a ser atendida—. He de ausentarme un rato de clase, pero volveré tan pronto como pueda. Sidney ocupará mi lugar en la tarima. Será un juego divertido. Él quiere ser maestro, ¿no es verdad, Sidney?

Un niño de unos once años se levantó. Era pecoso.

—Sí, señorita. Ya se lo he dicho a mí padre y está conforme. Seré maestro.

—Bueno, ahora tienes oportunidad de mostrar tus condiciones, ¿de acuerdo, Sidney?

—Desde luego, señorita.

—Cuando regrese, me darás el informe de cómo ha ido tu primera experiencia.

Los otros alumnos se echaron a reír.

Elga dijo:

—Quiero que obedezcáis a Sidney como si fuese yo, ¿me lo prometéis?

Se oyó un griterío que era una respuesta afirmativa.

Entonces, Elga, sin detenerse más, abrió la puerta y salió otra vez al corredor.

—Ya me disponía a entrar para sacarla —dijo Burgess Miller.

—La joven apretó los labios rabiosa.

—Es usted muy impaciente, señor Miller.

—Esto no es un juego.

—No hace falta que lo jure, ya sé que no lo es.

—Ande, vaya al pueblo y después de decirles lo que pasa y lo que queremos, adviértales que no intenten nada. Si alguien se acerca por aquí para estropearnos el negocio, se lo haremos pagar inmediatamente a uno de los niños.

—¡No quiero que toque a uno solo de ellos! —gritó Elga.

—Ya le he dicho que eso no va a depender de nosotros, sino de los ciudadanos de Silver Creek. Si todos son obedientes, no pasará nada. Recomiéndeles que se porten como unos chicos bien educados.

—Me da asco…

—Lárguese de una vez.

La joven echó a andar y se dirigió hacia la salida.

Richard encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Caramba, Barry, ¿viste alguna vez a una maestra con mejores curvas?

—¡Puerco! —le soltó Elga.

Richard lanzó una risotada.

Elga llegó hasta la puerta.

Se llevó una sorpresa. Allí vio otro hombre, como efectivamente le había anunciado Burgess Miller, pero también había una mujer.

Elga se detuvo mirando a la joven.

—¿Viene usted con ellos?

—Sí —contestó Carol.

—¿Cómo es posible que participe en esta monstruosidad?

—Eh, Chuck —dijo Carol sonriente—. ¿Viste alguna vez a una chica tan bonita y tan cursi al mismo tiempo?

—No, Carol, nunca la vi.

—¡Abra la puerta, voy a salir! —exclamó Elga.

Chuck abrió la puerta.

—Buen viaje, maestra.

Elga salió de la casa y se encaminó hacia el pueblo.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Allí, en la escuela, dejaba a sus niños a merced de aquellos forajidos.

Eso le hizo mover muy aprisa las piernas. Deseó tener alas para llegar cuanto antes a la comisaría.

Recordó que Jerry Scott ya no era el marshall de Silver Creek y que quizá ya se habría marchado. Deseó con todas sus fuerzas que eso no hubiese ocurrido.

CAPÍTULO XI

El alcalde de Silver Creek, Malcolm Rowen, pegó un puñetazo en la mesa.

—¡No les entregaremos ese dinero! Es todo Silver Creek no hay
150 000
dólares… Propongo que les demos una respuesta negativa. No se atreverán a tocar a ningún niño.

La maestra Elga Prentiss saltó:

—¡Usted habla así porque no tiene ningún hijo en la escuela!

—No lo tengo en ninguna parte, señorita Prentiss.

—Usted no ha oído hablar de esos forajidos. Serán capaces de cualquier cosa.

—Sólo son unos fanfarrones.

El almacenista Stack se acercó al alcalde. Tenía los ojos congestionados.

—Es usted un gusano, Rowen.

—¿Qué dice, Stack?

—¡Un ser repelente, eso es lo que es!

—Stack, no tendré en cuenta lo que dice porque sé que tiene allí a su hija. Imagino cuáles son sus sentimientos.

—No, usted no puede imaginarse nada. Y lo acaba de demostrar cuando ha empezado por decir que no debemos pagar el rescate.

—Es demasiado dinero…

—Quizá sí.

—Sólo pretendo una rebaja.

—No podemos comerciar con nuestros hijos como si fuesen garbanzos o lentejas. ¿Lo oye, Rowen? ¡Si ellos piden
150 000
dólares reuniremos ese dinero!

Stack se volvió hacia el banquero Carter, cuyo rostro estaba muy pálido.

—¿Qué dice usted, Carter?

—Tengo a dos hijos en la escuela, a Frances y a Helen.

—¿Está conforme en pagar?

—Claro, lo estoy…

—¿Cuánto dinero tiene su Banco?

—Unos setenta y cinco mil dólares. Pertenecen a los imponentes, pero si ellos me dan un plazo de una semana podré restituir el dinero. Conseguiré los
75 000
en Kansas City.

Tres hombres levantaron la mano. Eran tres hombres ricos, los más importantes clientes del Banco de Carter.

—Nosotros lo apoyamos —dijo el que parecía de más edad.

—Muy bien —asintió el alcalde—. Ya tienen
75 000
dólares. Es la mitad, y eso demuestra que yo tengo razón. Nunca podrán llegar a los
150 000.

—¡Llegaremos si todos aportamos el dinero que tengamos en casa! —exclamó Stack.

Tres mujeres estaban juntas llorando. Una de ellas gritó:

—¡Yo daré mis joyas!

Las otras dos sacudieron la cabeza en sentido afirmativo, lo cual quería decir que ellas también participaban de aquella idea.

Stack se pasó un pañuelo por la frente para enjugarse el sudor.

—Sí, alcalde, creo que podremos llegar a los
150 000.
Pero habrá que ponerse en marcha inmediatamente. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que usted salió de la escuela, señorita Prentiss?

—Media hora. He de volver enseguida. Les diré que están ustedes conforme con el pago.

—Espere un momento —dijo el alcalde—. Hasta ahora no hemos oído la opinión del marshall.

Jurge Hayden, el nuevo marshall, estaba apoyado en la pared. Era un hombre de unos treinta años, rubio, rostro de rasgos firmes.

—Creo que no tengo voz ni voto. Es un problema que han de resolver ustedes.

—Sí, marshall —asintió el alcalde—. Pero yo me refería ahora a otra cosa, a lo que pasará cuando esos forajidos se marchen con los 150 000 dólares. No podemos consentir que escapen, hay que detenerlos a toda costa.

—Haré todo lo que pueda.

—No basta, hemos de colgar a esa gentuza.

—Señor Rowen, creo que ellos tomarán precauciones. Con ello quiero decir que se llevarán a varios niños como rehenes para asegurarse de que no son seguidos.

Una de las mujeres exclamó:

—¡No se pueden llevar a mí, Lewis!

El alcalde rezongó:

—No ha estado usted muy acertado en su idea, marshall.

—Quiero ser realista. Tal como están las cosas, mi opinión es que debemos esperar los acontecimientos antes de tomar una decisión.

El almacenista Stack dijo:

—Creo que lo que dice Hayden es lo más sensato.

—Me tengo que marchar —dijo Elga Prentiss.

Una de las mujeres se acercó a la joven.

—Por favor, señorita Prentiss, no permita que hagan daño a George…

—No se preocupe, señora. Estoy segura de que ninguno de los niños sufrirá el menor daño.

El alcalde gritó:

—¡Usted es una incompetente, señorita Prentiss…! ¿Cómo permitió que esa gente se introdujera allí?

—No sabe lo que dice, alcalde. Cualquier persona puede entrar en la escuela, y eso me recuerda que deberían ustedes pagar a un vigilante, una especie de portero o encargado. Mi obligación es estar en el aula enseñando a los niños. No tiene usted ningún derecho a recriminarme.

El almacenista Stack palmeó el hombro de Elga Prentiss.

—No le haga usted caso, señorita. El alcalde no está muy afortunado desde hace algún tiempo.

—¡Le exijo una explicación, Stack! —chilló el alcalde.

—Se la daré cuando esto termine.

Elga salió del almacén donde se estaba celebrando la reunión.

Vio en la calle al ex marshall de Silver Creek que estaba paseando nervioso.

—Hola, señor Scott.

Jerry vio a la joven y se le acercó rápidamente.

—¿Cómo está, Elga?

—Un poco mejor desde que han acordado pagar el rescate.

—Sí, es el único camino. ¿Cuántos son los forajidos?

—No quiero que usted haga nada.

—No se preocupe, me estaré quieto.

—Son cuatro hombres y una mujer. El jefe se hace llamar Burgess Miller. Dijo que había hecho lo mismo durante la guerra y que entonces le había salido bien.

—Así que perteneció al ejército… Creo que me va algo por la cabeza… Sí, hubo un secuestro de niños en una escuela, en un pueblo de Kansas. Fue un grupo confederado, tropas irregulares como las de Quantrell. Preguntaré a David Reynolds, él tiene buena memoria y luchó con los confederados.

—Me ha prometido que se estará quieto.

—Cumpliré mi palabra hasta el límite.

—Debo ir a la escuela ahora.

—¿Quiere que la acompañe?

—No, ellos han dicho que no se acerque nadie. Miller dijo que, si no obedecían, se lo harían pagar a los niños.

—Está bien, tenga ánimo…

—Lo tengo, señor Scott.

La joven se despidió de Jerry y echó a andar camino de la escuela.

Jerry la vio alejarse.

Su ex ayudante Hardy Masón se le acercó a la espalda.

—Es un asunto peliagudo, ¿eh, Jerry?

—Sí, lo más grave que ha ocurrido en Silver Creek desde que estoy aquí. Y justamente pasa cuando no soy el marshall.

En aquel momento, Jurge Hay den salió del almacén. Siempre había sentido antipatía por Jerry Scott.

—Vaya, estás aquí.

—Parece que no te dejé una buena herencia.

Hayden se echó el sombrero sobre la nuca y miró a Jerry.

—Me estaba haciendo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Tendrás que ver tú algo con los forajidos? Es demasiado casual que hayas dejado de ser marshall y enseguida empiece a ocurrir esto.

Jerry lo atrapó por las solapas.

—Voy a romperte la cara, Jurge…

—Cuidado, soy el representante de la ley.

—Yo diría que también eres un imbécil. No renuncié a mi cargo de marshall por propia voluntad. Me obligaron.

—Está bien, retiro mis palabras.

Jerry dejó libre al marshall, soltándole un empellón.

Jurge Hayden sonrió.

—Comprendo que estés nervioso. Te he quitado el papel de héroe.

—Tú no me has quitado nada. Has de estarte quieto, lo mismo que habría hecho yo de estar en tu lugar. Los secuestradores son los que mandan.

—Ya veremos.

—¿Qué tienes en la cabeza, Jurge?

—Cabellos y un sombrero.

—No creo que sea momento para hacer chistes.

—Un marshall no informa a un ciudadano vulgar de lo que piensa hacer con respecto a unos delincuentes.

—¡Te vas a estar quieto, Jurge!

—Tú has dejado de dar órdenes, Jerry. Recuerda que no eres nadie.

—¿Qué plan tienes?

—He dicho que no lo vas a saber —contestó Jurge y, dando media vuelta, se alejó hacia la comisaría.

Jerry fue a ir tras él, pero Hardy lo sujetó por el brazo.

—No te metas en un lío, Jerry. Él tiene razón. Es una autoridad. Te puede detener y encerrarte en una celda.

Jerry llevó aire a los pulmones para recuperar la serenidad.

—Vigílalo, Hardy.

—¿Te refieres al marshall?

—Claro que me refiero a él.

—¿Adónde vas tú?

—A hablar con Reynolds. No pierdas de vista a Jurge. Quiero conocer todos sus pasos.

—Sí, Jerry.

El joven se encaminó a la herrería.

Reynolds estaba trabajando en una rueda y, al ver entrar a Scott, se interrumpió.

—Me dijeron lo que pasa, Jerry. Te libraste de buena.

—En esta ocasión hubiese preferido ser el marshall.

—Sí, ya lo supongo. No tienes arreglo. Te gustan los jaleos.

—Reynolds, vine a hacerte una pregunta acerca de algo importante.

—Está bien, dispara.

—Durante la guerra, cierto grupo irregular confederado entró en un pueblo. Su objetivo era saquear la ciudad, pero al jefe que los mandaba se le ocurrió una brillante idea. Secuestrar a los niños de la escuela y exigir como rescate el dinero y joyas que tuviesen los ciudadanos.

—Sí, sé a qué hecho te refieres. Eso ocurrió en Centerville, en el estado de Kansas.

—¿Quién mandaba aquellas tropas?

—Un capitán. Se llamaba Courtnay. Sí, eso es, Mark Courtnay.

—¿Lo conociste?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Rubio, debe tener ahora unos treinta y tantos años. Parece que lo estoy viendo. Fue muy agasajado por sus superiores después de aquella misión. Justo fue a parar al sector donde yo me encontraba. Courtnay logró un botín de casi cincuenta mil dólares entre dinero y joyas. —Reynolds hizo un pausa—. ¿Supones que es el mismo?

—Sí, ahora se hace llamar Burgess Miller.

—¿Es que lo has visto?

—No, pero Elga Prentiss se refirió a que Burgess había hecho esta clase de trabajo durante la guerra.

—Demonios, entonces es el mismo.

—¿Qué más sabes de él?

—Desertó del ejército. Fue casi al final de la guerra.

—¿Por qué desertó?

—Lo iban a someter a juicio a pesar de su heroicidad en Centerville. Al llegar dijo que había hecho su trabajo sin derramamiento de sangre, pero no fue así.

—¿Qué es lo que hizo?

—Mató a tres niños.

—¿Quizá los ciudadanos de Centerville intentaron salvarlos?

—No, Courtnay ordenó su muerte porque pasó la hora que él había señalado para recibir el dinero.

—Entiendo.

—Lo iban a someter a consejo de guerra. No creo que lo hubiesen fusilado, pero le habrían impuesto una pena grave, un montón de años en la prisión. Courtnay utilizó la cabeza. Sus propios jefes lo iban a meter en la cárcel, pero él sabía que tenían perdida la guerra, que en cuestión de meses, los del Norte ganarían. Entonces, los vencedores lo sacarían de la cárcel, lo juzgarían de nuevo y esta vez no se libraría de la soga. Ésa fue la razón por la que desertó.

—Al parecer, ha vuelto a las andadas. Aquello le dio un buen resultado y ha creído a pies juntillas que aquí, en Silver Creek, podía conseguir también un buen botín.

CAPÍTULO XII

—Bravo, señorita Prentiss —dijo Burgess Miller—. Ha hecho un buen trabajo, la felicito.

—Me he limitado a obedecer sus órdenes, señor Miller. Ahora quiero volver con los niños.

—Espere un momento.

—¿Qué quiere?

—Recuerde que ha de volver por el dinero.

—Todavía falta una hora.

—Irá dentro de treinta minutos, y ha de darse prisa en volver con la pasta.

—No se preocupe, no me iré de juerga con sus
150 000
dólares.

Habían escuchado aquel diálogo Chuck y Richard.

Barry hacía ahora guardia en la puerta y Carol estaba con él.

Elga entró en el aula.

Chuck sonrió.

—Todo marcha de primera.

—Sí, Chuck, no podemos quejarnos.

—Voy a decírselo a Carol.

Chuck caminó por el corredor, pero al llegar a la esquina y mirar hacia la puerta, se detuvo como si hubiese tropezado con un muro.

Barry estaba besando en la boca a Carol.

—¡Maldito seas, Barry! —gritó Chuck.

Carol se apartó de Barry.

—Chuck… él me obligó —tartamudeó—. Me abrazó por sorpresa. —Se limpió la boca con el dorso de la mano.

Barry estaba perplejo.

Chuck llegó a su lado y le soltó un puñetazo en la cara.
Barry golpeó la espalda contra la puerta, pero no llego a caer.
—¡Te voy a arrancar el corazón, Barry! —gritó Chuck.
Fue a abalanzarse sobre Barry, pero éste sacó el revólver y disparó.
Chuck se detuvo en el salto.
Desorbitó los ojos.
Había recibido el impacto en el centro del pecho.
—Barry… —dijo—, ¿qué has hecho?
Carol dio un chillido.
Burgess apareció corriendo por la esquina, seguido de Richard.
Chuck ya no se pudo sostener sobre los pies y cayó de rodillas. Volvió la cabeza hacia Carol.
—Nena… California… nuestra granja…
Luego, ya no dijo más porque se derrumbó sin vida en el suelo.
Barry estaba inmóvil, con el humeante revólver en la diestra.
Carol escondió la cara entre las manos y se apoyó en la pared sollozando.
Burgess apretó los maxilares.
—¿Qué has hecho, rata? —preguntó a Barry.
—Me iba a matar.
—¿Y por qué te iba a matar?
—Nos sorprendió… Carol y yo nos estábamos besando. Ella me quiere.
Burgess miró a la joven.
—Carol —llamó con voz seca.
Ella se volvió.
—No sabía que iba a pasar esto, Burgess.
—Claro que lo sabías, tú lo provocaste. Podrás engañarlos a ellos, pero no a mí.
—¿Qué estás diciendo? Eres un cerdo, Burgess, un condenado cerdo. Quiero a Barry. Me casaré con él.
—Sólo lo has utilizado como instrumento para lograr tus fines, y Barry, que es un estúpido, se lo ha creído.
Carol se volvió hacia Barry.
—Mátalo, Barry.
Barry conservaba el revólver en la mano y se mojó los labios con la lengua.

—Jefe, ella dice la verdad. Nos queremos y nos vamos a casar.

—Guarda ese revólver en la funda.

—¡No obedezcas! —gritó Carol—. Luego él te matará a ti. Sí, Barry te matará. De esa forma conseguirá cincuenta mil dólares, tu parte y la de Chuck…

Barry empezó a levantar el revólver.

Burgess echó a andar hacia él.

—Dame ese arma, Barry.

—Párate, jefe, o te mato.

—Ya no vas a matar a nadie. Tú me necesitas si quieres escapar con vida de este pueblo.

Carol gritó otra vez:

—¡Dispara sobre él, Barry! Tienes que aprovechar tu oportunidad o será demasiado tarde porque él te matará a ti…

Burgess se detuvo a un paso de Barry. Levantó poco a poco la mano.

—Entrégame ese revólver, Barry.

—Te voy a matar, jefe.

—Si lo haces, es como si te suicidases. No saldrás de este pueblo.

Carol intervino de nuevo:

—¡Claro que saldrás, Barry! ¡Nos marcharemos Richard, tú y yo! ¡Sólo tenemos que llegar a la frontera mexicana!

Burgess dijo:

—Vosotros no llegaréis nunca a México si no vais conmigo. Os cazarán antes. Tengo un plan para huir. No lo expliqué porque no me fiaba de vosotros. Lo que está pasando me demuestra que hice bien. Barry, sólo conmigo podrás disfrutar de tu parte del botín y de Carol…

—¿Consentirás que me vaya con ella?

—Desde luego. Ahora que Chuck está muerto, te la regalo.

—¡No lo creas! —gritó Carol—. ¡Te está engañando!

Burgess movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Barry, no te miento.

—He pensado que quizá la chica te gustaría para ti, Burgess.

—No, Barry, ella no es mi tipo. Y, además, tú la ganaste después de matar a Chuck. ¿No acabas de decir que ella te quiere?

—Sí, Burgess.

—Pues tuya es. Anda, ya no hace falta que me entregues el

revólver. Devuélvelo a la funda y obedece mis órdenes.

Barry sacudió la cabeza y enfundó el revólver.

Carol respiraba agitadamente. Estaba llena de rabia. Su plan no había salido como ella quería. Había decidido ponerlo en práctica cuando oyó decir a la maestra que los del pueblo estaban conformes en pagar los 150 000 dólares.

—Barry —dijo Burgess—. Llévate el cuerpo de Chuck y entiérralo en el patio.

—Sí, jefe.

Barry tomó el cuerpo de Chuck por las piernas y lo arrastró por el corredor.

De pronto, se oyó un grito.

Era la maestra. Estaba en la esquina.

—¿Por qué han matado a ese hombre?

—No es asunto suyo, señorita Prentiss —repuso Burgess—. Vuelva al aula con los niños.

—Se asustaron con los disparos.

—Ha sido sólo un incidente.

—¿Llama incidente a eso?

—Déjese de tonterías y vuelva con sus chicos. Le queda muy poco tiempo. Dentro de un rato tendrá que volver al pueblo por el dinero.

La joven dio media vuelta y se alejó por el corredor.

Burgess caminó hacia Carol.

—Quiero ir al patio con Barry —dijo ella, y fue a emprender la marcha.

Burgess le pegó una bofetada enviándola contra la pared.

Carol gritó:

—¡Eres un cobarde por pegar a una mujer!

—Tú no eres una mujer, sino un bicho. No vuelvas a incitar a Barry, o te retorceré el pescuezo. ¡Lo haré sin vacilar!

Burgess dio media vuelta.

—Quédate aquí, Richard.

—Sí, jefe.

Burgess fue hacia el corredor y encendió un cigarrillo.

Sonrió mientras exhalaba el humo por los agujeros de la nariz.

Barry había eliminado a Chuck. Aquel estúpido le había dado oportunidad para que lo liquidase cuando le diese la gana. Richard se conformaría cuando él, Burgess, le dijese que Barry se proponía cargarse a todos para quedarse con el botín y con Carol.

Desvió los ojos hacia los cristales de la puerta que comunicaba con el aula.

Elga estaba en el entarimado, hablando a sus alumnos.

Era hermosa la maestra. Sí, muy hermosa y atractiva. Lo era más que Carol y que cualquier otra mujer que había conocido.

CAPÍTULO XIII

—Recuérdalo, nena. Tienes una hora para volver —dijo Burgess.

—Tiene que concederme más tiempo.

—Ni un minuto más.

—Puedo demorarme por cualquier motivo.

—No hay por qué demorarse. Esa gente ya debe tener preparado el rescate. Sólo tienes que atrapar la bolsa y venirte a la escuela. Te sobra con una hora.

—Señor Miller, las cosas han cambiado.

—¿Por qué crees que han cambiado?

—Ahora los niños se imaginan que está pasando algo raro. Fue ese disparo. Luego, ha llegado ya la hora de salida del colegio y les he dicho que tienen que quedarse porque estaba esperando a un inspector.

—Bien hecho.

—Le repito que muchos de ellos sospechan.

—Está bien. Ya basta de lloros.

—No le estoy llorando, señor Miller. Sólo le ruego por ellos. Los del pueblo van a cumplir, y yo traeré el dinero. Pero ustedes han de cumplir también su parte.

—Tengo que ser inexorable en esta clase de trabajo, pequeña. Si en una hora no estás aquí, uno de los niños sufrirá las consecuencias.

—Es usted un canalla.

—Ya has perdido un minuto.

La joven salió de la escuela y se encaminó hacia el pueblo.

Al llegar a las primeras casas, le salió al encuentro Jerry.

—¿Qué fue ese disparo, Elga?

—Uno de los forajidos mató a otro. Pelearon por la mujer.

—De modo que ahora sólo quedan tres hombres.

—¿Qué se le ha ocurrido, Jerry?

—Sólo estaba haciendo un cálculo.

—Debo ir al almacén por el dinero. Sólo me han dado una hora para volver, pero usted no ha de estar cerca de la escuela, Jerry. Si ellos lo viesen, se creerían en peligro y lo harían pagar a uno de los niños.

—No se preocupe, Elga. No me dejaré ver.

Los dos se miraron a los ojos y Elga hizo un gesto afirmativo.

La maestra fue al almacén general, donde estaban reunidos ahora muchos hombres y mujeres de Silver Creek.

Alrededor del mostrador se encontraban Stack, el alcalde, el doctor y el marshall.

Contaban dinero.

—¿Cuánto hay? —preguntó Stack.

Contestó el banquero Cárter, que escribía sobre un papel.

—He contado
123 000
dólares. Los restantes los daremos en joyas. No podemos hacer más.

—Sí, creo que se conformarán —asintió el marshall Hayden.

El alcalde dio un suspiro.

—Esto es la ruina para Silver Creek.

—¿Quién piensa en eso ahora, alcalde? —repuso Stack.

—Sólo era una forma de hablar.

—Pues cállese. Lo que nos importa a nosotros es recuperar a nuestros hijos.

Stack fue metiendo el dinero en una gran bolsa de cuero.

El banquero estaba eligiendo las joyas que había sobre un pañuelo. Luego las fue entregando a Stack, que también las introdujo en la bolsa.

—Ya está todo —dijo Carter.

Stack cerró la bolsa y la alargó a Elga Prentiss.

—Prácticamente, ahí va todo lo que poseemos. Pero lo damos por bien empleado.

La joven no dijo nada. Tomó la bolsa y se dirigió hacia la puerta.

—Señorita Prentiss —dijo una mujer.

—Diga, señora Holmes.

—Cuando ellos se hayan ido, toque la campana, por favor.

Tóquela muy aprisa. Nosotros iremos allí.

—Sí, señora Holmes, así lo haré.

La joven salió a la calle y se encontró de nuevo con Jerry Scott.

—He pensado en algo, Elga.

—¿Qué cosa?

—Deme la bolsa. Yo iré a entregarla.

—Oh, no, no podemos hacer eso.

—No se preocupe. Les diré que se sintió enferma. Es lógico. Una vez allí, sabré arreglármelas con ellos.

—No lo consentiré.

—¿Es que no se da cuenta de que yo podré hacerles frente mejor que usted? No harán daño a los niños si yo me presento con la bolsa del rescate.

—No quiero correr ningún riesgo.

—Lo correrá mucho más si usted va.

—¿También cree usted que se llevarán rehenes?

—Es posible que lo hagan. Por algo sigo pensando que debo estar allí. Pero es usted quien tiene que decidir. No puedo obligarla.

La joven titubeó unos instantes y por fin movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Jerry, no puedo. Aprecio mucho su oferta, pero si a alguno de los niños le pasase algo estando yo aquí, sólo sentiría deseos de morir… Usted lo comprende, ¿verdad?

Jerry apretó los dientes mientras se pasaba el puño por la mejilla. Finalmente dijo:

—Sí, la comprendo a usted.

—Gracias —sonrió la joven y reanudó su camino por la calle.

La gente se le quedaba mirando desde las aceras.

Una mujer lloraba y un hombre la apretaba contra sí, pasándole el brazo por la espalda.

Elga sintió que se le hacia un nudo en la garganta.

Era la responsable de la vida de veinticinco niños.

Estaba segura de que nunca volvería a encontrarse en una situación tan grave como aquélla. Tenía que salir todo bien, no podía equivocarse. Elevó la mirada al cielo y murmuró una oración.

Dobló por la última casa y desapareció de la vista de la gente del pueblo.

De pronto unas manos la atraparon.

Elga dio un chillido al ver a la persona que tiraba de ella hacia una puerta que estaba abierta.

Era Fred Dillon, el hermano del hombre que había matado cuando viajaba hacia Silver Creek.

—¡Suélteme! —gritó Elga.

Pero Fred Dillon dio un tirón con todas sus fuerzas y metió a la joven en la casa.

CAPÍTULO XIV

Elga Prentiss se derrumbó en el suelo.

Chilló otra vez y trató de incorporarse, pero unas manos la sujetaron por detrás.

—¡Déjeme…! —exclamó volviendo la cabeza.

Era el compañero de Fred Dillon, Tom Steinberg.

Fred Dillon cerró la puerta.

La estancia estaba llena de polvo. Era una casa abandonada, la que se veía desde la escuela.

La bolsa que contenía el rescate había quedado a dos yardas de Elga.

—Hola, maestra —dijo Fred Dillon.

—¿Quieren dejarme salir? ¡He de volver a la escuela…!

La joven gateó hacia la bolsa del dinero.

Pero Fred Dillon atrapó antes la bolsa y se alejó.

—¿Qué traes aquí, nena? ¿La merienda?

—No es nada. Libros y cuadernos.

Fred Dillon se echó a reír.

—En, Tom, ¿no dijiste que querías aprender a leer y escribir?

—Sí, Fred.

—Pues ahora tienes la oportunidad. Ya lo has oído. En esta bolsa hay libros y cuadernos, y como eres un tipo de suerte también tienes a la maestra.

—Quiero ver los libros, Fred.

—Ahora mismo, muchacho.

—¡No abran eso! —exclamó Elga.

Pero Fred ya había abierto la bolsa.

Introdujo la mano y sacó un fajo de billetes.

—Eh, Tom, ahí tienes la cartilla del abecedario.

Sin dejar de sonreír, arrojó el fajo de billetes hacia Tom.

Éste lo atrapó al vuelo.

—Caramba. Así da gusto aprender a leer y a escribir. Qué cartilla más bonita y qué dibujos más lindos.

Elga se levantó con los puños cerrados.

—¡Tienen que darme eso!

Fred Dillon había sacado más fajos de billetes, que sopesaba en la mano.

—Ha valido la pena esperar, dulzura.

—No pueden quedarse ese dinero… Tengo que entregarlo en la escuela.

—¿Crees que no lo sabemos? Estamos enterados de todo.

—¡Entonces deben saber que he de volver a la escuela o matarán a los niños…! He de entregarles el dinero.

—No vas a entregarles nada. El dinero nos lo quedamos nosotros. Es para Tom y para mí.

—Tiene que comprenderlo, señor Dillon. Si los secuestradores no reciben el dinero, matarán a los niños. Lo harán sin vacilar. No me creerán si les digo que fui robada por el camino.

—Tú no vas a decir nada porque no vas a ir allí.

—¡He de ir, señor Dillon…! ¡Esos niños están solos!

—Deja en paz a los niños.

Fred Dillon dejó caer la bolsa en el suelo. Miró con ojos brillantes a Elga.

—A mí sólo me importa una cosa. Que mataste a mí hermano.

—Ya le dije que fue en legítima defensa.

—Es posible.

—Celebro que lo reconozca.

—No te perdono lo que hiciste, estúpida.

—No podía consentir que su hermano me atropellase.

—No, ¿eh…? —Fred Dillon abrió la mano y dejó caer los fajos de dinero en el suelo.

Primero uno, luego otro, hasta que sus manos quedaron vacías.

Echó a andar hacia Elga.

—¿Qué va a hacer? —murmuró la joven.

—¿Tú qué crees?

—Renuncie a su venganza, señor Dillon. No tiene motivos para ello.

—William no te tuvo, pero yo te voy a tener.

—No, señor Dillon.

—Anda, intenta quitarme a mí el revólver. Aráñame como le arañaste a él.

Tom Steinberg rompió a reír y lo hizo con estridencia.

—Me gusta el espectáculo y tengo una localidad de primera fila —dijo.

—¿Qué clase de personas son ustedes? —exclamó Elga mientras retrocedía—. ¿Es que no se dan cuenta? Es la vida de veinticinco niños lo que se está jugando en estos momentos en Silver Creek. Hay que impedir que se cometa un asesinato en masa. Esos forajidos llevarán a cabo la masacre.

—Ya te he dicho que a Tom y a mí nos importa un rábano.

—¿Es que no saben cómo son los niños? Sienten miedo, se aterrorizan por cualquier cosa que para ellos resulta anormal. Necesitan el cariño, la ayuda de sus padres. Y allí en la escuela no están sus padres. Esa ayuda y ese cariño sólo lo pueden recibir de mí.

—No te preocupes. Aquí hay un hombre que necesita todo tu cariño… Soy yo, Fred Dillon.

La joven terminó de retroceder porque tropezó con la pared.

Fred siguió andando hacia ella.

—¡No! —gritó Elga y saltó hacia la derecha.

Fred Dillon también saltó hacia aquel lado y la atrapó por los brazos.

Elga le dirigió un zarpazo a la cara, pero Fred se agachó a tiempo.

Lanzó una carcajada.

—Eh, Tom, ¿te diviertes?

—Mucho. Y ahora comprendo por qué a tu hermano le resultó la cosa difícil. Demonios, esta muchacha me recuerda a la hembra del gato salvaje.

Elga dio un tirón fuerte y logró escapar de Fred.

Pero él se quedó con un trozo del vestido femenino en la mano.

La muchacha corrió hacia el fondo de la estancia.

Allí había una puerta. Forcejeó con ella, pero estaba cerrada herméticamente.

Fred Dillon rió otra vez mientras se ponía el trozo de vestido

alrededor del cuello, como una bufanda.

—Nena, ya probamos esa puerta y Tom y yo… Para abrirla se necesitarían algunos cartuchos de dinamita.

Otra vez se dirigió hacia Elga.

La muchacha retrocedió hasta llegar al rincón.

Fred se detuvo columpiándose sobre la punta de los pies, mirando a la joven de pies a cabeza.

—¿Sabes que eres muy hermosa?

Elga respiraba entrecortadamente.

—Estoy dispuesta a ir con usted.

—Magnífico, ¿oíste eso, Tom? Resulta que acabo de pegarle el flechazo a la chica más mona de Silver Creek.

—¿Y tú te lo vas a creer, Fred?

—Claro que no. ¿Piensas que soy idiota?

Elga habló de nuevo.

—No me ha dejado terminar, señor Dillon. Quiero decir que me marcharé con usted si me deja ir a la escuela a entregar el dinero.

—Tú me tomas por un chiflado, ¿verdad?

—No, señor.

—Claro, tú has pensado que eres muy lista porque eres maestra y que podrás engañar a un tipo como yo que no tiene cultura.

—No, señor Dillon, le estoy hablando en serio, se lo juro.

—¿Harías eso por los niños?

—Sí, por ellos. Me iré con usted, señor Dillon. Está decidido.

Por la cara de la joven resbalaba el sudor.

Fred Dillon reanudó su marcha hacia la joven.

—Aceptaré el trato con un cambio, pequeña.

—¿Qué cambio?

—Ha de ser ahora.

—No puede ser. He de ir a la escuela a llevar el dinero. Sólo faltan diez minutos.

—Que esperen.

—No esperarán… Burgess Miller me lo repitió muchas veces… Matará a uno de los niños si llega la hora y yo no estoy allí.

—Bueno, si hace eso con un niño, todavía quedarán veinticuatro.

—¡No, señor Dillon! —gritó Elga exasperada—. Tengo que ir.

Fred se arrojó sobre ella y le cubrió la boca con la mano.

—¡Maldita, cállate o te estrangulo! ¿Es que quieres que te oigan?

Elga estaba perdiendo sus últimas energías.

Sollozó convulsivamente:

—No puedo dejar que esos niños mueran. No puedo…

Sus ojos estallaron en lágrimas.

Fred la tomó por la barbilla y le alzó la cara.

—Eres preciosa, sí, señor. La chica más preciosa que yo he tenido en mis brazos.

Acercó su boca a la de ella para besarla.

En aquel momento se abrió violentamente la puerta por la que había entrado Elga, y una voz dijo:

—¿Se puede?

Era Jerry Scott.

CAPÍTULO XV

Fred Dillon se apartó de la joven y tiró del revólver.

Tom Steinberg ya lo tenía en la mano.

Jerry disparó impulsando el cilindro con su mano izquierda para que las balas saliesen más aprisa.

Destinó tres a Fred Dillon, quien inició una danza macabra.

Dos fueron para Tom Steinberg, que cayó despatarrado, disparando alocadamente su «Colt» contra el techo, porque sus centros nerviosos estaban destrozados.

Luego se hizo un silencio.

Elga resbaló lentamente por la pared hasta quedar sentada en el suelo.

Jerry caminó hacia el fondo de la estancia. Se agachó sobre la joven y la ayudó a levantarse.

Ella todavía estaba sollozando y se echó sobre él.

Jerry la apretó contra su pecho.

—Cálmate, Elga.

La joven reaccionó enseguida.

—He de marcharme. Debe faltar muy poco tiempo para que termine el plazo que señaló Burgess Miller.

Jerry la ayudó a meter los fajos de billetes en la bolsa.

—Sal cuanto antes —dijo Jerry—. Los forajidos deben estar nerviosos y preguntándose qué ha pasado aquí.

Elga apretó la mano de Jerry.

—Buena suerte —dijo él.

Ella le dirigió una sonrisa y salió de la casa.

Por la ventana de la escuela vio a Burgess, que hizo una señal al que estaba en la puerta y ésta se abrió.

Richard le quitó la bolsa de un manotazo.

Carol y Barry estaban junto a la pared.

Burgess tenía el revólver en la diestra.

—¿Qué pasó, muchacha? —preguntó.

—Dos hombres intentaron robarme.

—¿Eso es verdad?

Elga señaló su hombro desnudo.

—¿No tiene bastante prueba?

—Tú no tenías armas. ¿Cómo te desembarazaste de ellos? ¡Vamos, dilo pronto!

—Fue Jerry Scott, el ex marshall de Silver Creek.

—¿Quieres decir que apareció en la casa?

—Sí.

—De modo que ahora él se ha quedado allí. —Burgess miró a través de la ventana.

—No se preocupe, no vendrá.

—Eso es lo que tú dices, pero ya me informé acerca de Jerry Scott. Tenía que saber qué clase de autoridad había aquí. Me dijeron cosas muy buenas de Scott.

—Ya no es el marshall.

—No, no es el marshall, pero sigue metiendo las narices en donde puede. ¿O es que me vas a decir que te siguió porque está enamorado de ti?

—Sí, es eso. Sólo está preocupado por mí —dijo la joven—. Pero yo lo tranquilicé. Le dije que estaba segura y que los niños también lo estarían puesto que el pueblo decidió pagar el rescate.

Richard soltó una exclamación de alegría mirando el contenido de la bolsa.

—Vuélcala en el suelo, Richard —ordenó Burgess.

—Es lo que tú dices, pero lo vamos a contar.

—Hay 123 000 dólares en efectivo.

—Dije 150 000.

—El resto está en joyas.

—¡Vuélcala, Richard!

Richard obedeció.

Los billetes y las joyas cayeron al suelo.

Carol se arrodilló y tomó un collar de brillantes.

—He pasado toda mi vida deseando tener un collar como éste.

—Déjalo quieto —ordenó Burgess.

—¿Es que te lo vas a poner tú? —repuso la joven.

Barry intervino:

—Es la única mujer de la pandilla, Burgess, y no le diste parte.

—Claro que no se la di. Ella no intervino en esto.

—Pero nos está ayudando.

—¿A qué nos está ayudando? ¿A matar a nuestros propios compañeros? ¡Deja ese collar, Carol!

Carol arrojó el collar al suelo con un gesto de mal humor.

—Ya te lo advertí, Barry. Burgess se lo quiere quedar todo.

—Richard, date prisa en contar la pasta —ordenó Burgess.

—Sí, jefe.

Elga echó a andar hacia el corredor.

—Eh, tú, ¿adónde vas?

—Quiero comprobar que los niños siguen bien.

—De acuerdo, métete allí y no salgas.

—Esperaré a que se marchen. No quiero volver a verles la cara.

Elga se metió en el aula.

Dos niños corrieron a su encuentro. Otros estaban llorando.

Los dos niños se cogieron de su falda y uno de ellos dijo:

—¿Qué pasa, señorita? Tenemos miedo.

—No pasa nada —dijo ella estrechándolos por la espalda.

—Esos hombres parecen malos.

Elga se acercó a una niña que estaba llorando desconsoladamente.

—Patricia, ¿qué te pasa?

—Quiero ir con mi mamá —contestó sin dejar de llorar.

—Enseguida irás con ella.

La puerta del aula se abrió a espaldas de Elga y ésta volvió la cabeza.

Era Burgess Miller que entró en la clase.

—¿Qué quiere ahora?

—No me engañó con respecto al rescate. Es como usted dijo.
123 000
dólares en efectivo y el resto en joyas, aunque hubiese preferido que todo fuesen billetes.

—Márchense ya.

—Sí, nos vamos enseguida. Contigo y dos niños.

Elga agrandó los ojos.

—¡Eso no puede ser!

—Nena, no habrás pensado en serio que íbamos a dejar las cosas así… Me defraudas mucho porque pareces inteligente.

—Sería una suciedad. Todos hemos cumplido nuestra parte. Los ciudadanos de Silver Creek y yo. Ahora les toca cumplir a ustedes.

—Claro que cumpliremos. Tú y dos niños nos acompañaréis hasta la frontera.

—¡No!

—Tienes que comprenderlo, nena… Seréis nuestro salvoconducto.

—Está bien, iré yo.

—Gracias, eres muy juiciosa. Ahora sólo hace falta elegir dos niños.

—¡No! ¡Quiero que los deje a ellos en paz! Conmigo tiene bastante. Nadie nos seguirá. No querrán que me pase nada.

—Tú eres una extraña aquí. Hace muy poco tiempo que llegaste. La verdad es que fue una buena sorpresa para mí. Menos mal que se te ocurrió venir antes. De lo contrario, mis amigos y yo habríamos tenido que esperar mucho tiempo. Tú no le interesas a esa gente. Todavía no se han encariñado contigo. Por eso me llevo a los dos niños. Contigo no basta.

—¡Le repito que no lo consentiré!

Burgess sacó el revólver.

Algunos niños se pusieron a gritar.

—Guarde ese arma —exclamó Elga.

—Ya has dejado de ser la mandona —repuso Burgess haciendo un gesto brutal—. Desde ahora soy yo el que da las órdenes.

Miró a los niños. Algunos de ellos lloraban, ahora con más fuerza.

Burgess miró a Marcus, hijo del almacenista Stack. Tenía siete años.

—Ven acá. Vas a ir con la maestra de excursión… Ahora una niña. Tú, pequeña —señaló a una rubita pecosa que estaba en la primera fila de pupitres.

Elga sintió que se le partía el corazón. Era Priscilla, una chiquilla

muy tímida.

—¡Vamos, aprisa…! —gritó Burgess.

Marcus y Priscilla se acercaron a Elga.

—En marcha, maestra —ordenó Burgess señalando la puerta con el revólver—. Ya perdimos mucho tiempo.

—Quiero despedirme de los que se quedan.

—Te gusta mucho el melodrama.

La joven se dirigió al resto de la clase:

—Debéis estar tranquilos. Sidney, quiero que me sigas representando. Cuando nos hayamos ido, saldrás y tocarás la campana muy fuerte… ¿Lo harás?

—Sí, señorita, ¿pero qué quiere decir todo esto?

—Ya os lo explicarán vuestros padres.

Elga pasó los brazos por los hombros de Priscilla y Marcus y los impulsó hacia la puerta. Estaba llena de ira.

—¡Es usted el más repugnante de los verdugos, señor Miller!

Burgess señaló el fondo del corredor.

—Saldremos por el patio. Tenemos allí los caballos.

CAPÍTULO XVI

Estaban montando en los caballos en el patio.

Barry tomó el niño y Richard a Priscilla.

Había un caballo libre, el que había pertenecido a Chuck. Lo montó la maestra.

Burgess aseguró la bolsa en su silla y luego acudió a la puerta para abrir.

La llave estaba en la cerradura y le dio la vuelta.

Apenas abrió, sonó un estampido y la bala se coló por el hueco con un siniestro silbido.

Burgess se tumbó en el suelo y ya tenía el revólver en la mano, pero no veía a su enemigo.

—¡Ahí voy, Burgess! —gritó Richard.

—¡Quédate en el caballo! ¡Esto lo voy a arreglar yo ahora!

Estaba furioso.

—¡Eh, usted, a los que están ahí fuera! ¡Respóndame el que los represente!

—Entréguense —contestó una voz seca.

—¿Quién es usted?

—Jurge Hayden, el marshall de Silver Creek.

—Marshall, es usted idiota. ¿Quiénes lo acompañan?

—Estoy yo solo.

—Entiendo, quiere ser el héroe local. Tiraron de la comisaría a Jerry Scott y usted ocupó su lugar. Y ahora va a demostrar a sus ciudadanos que ganaron con el cambio.

—No he venido para escucharle. Salgan con las manos en alto.

—¿Sabe lo que es usted, marshall? Un burro de orejas largas y rabo corto. ¿Creyó que íbamos a salir así, por las buenas? Escuche bien, marshall, tenemos a dos niños como rehenes y también nos

acompaña la maestra. —Burgess se puse en pie—. Dame esa niña, Richard.

Elga gritó:

—¡No puede usted hacer eso!

—Si baja del caballo hago aquí una carnicería, maestra. No sea estúpida y quédese ahí. Sólo se trata de un pequeño juego. No le va a pasar nada a la niña.

Richard bajó de la silla a Priscilla. Burgess la hizo andar delante de él hacia el hueco de la puerta.

Burgess se inclinó por detrás de Priscilla para no ofrecer un blanco y apuntó con el revólver a la cabeza de la niña.

—¡Marshall, salga de ahí! Puede ver a esta niña. Si no sale le vuelo la cabeza. ¡Voy a contar hasta diez segundos!

Elga gritó desde el caballo:

—¡Usted dijo que no le haría daño!

El marshall de Silver Creek se dejó ver por entre unas piedras. Había estado tendido en el suelo. Manejaba el revólver, pero ahora apuntaba al suelo.

Burgess rió.

—Bravo, marshall. Es usted un tipo con agallas y ya va a conseguir lo que deseaba, que lo recuerden en Silver Creek como un tipo grande.

Burgess apretó el gatillo una y otra vez.

La primera bala hizo retroceder al marshall porque le golpeó en el pecho. Hayden levantó el revólver para hacer fuego, pero los proyectiles no dejaron de picotearle en el pecho, en el vientre…

Se estremeció como un muñeco de resorte.

Finalmente se vino abajo.

Elga estaba pálida y había perdido el habla.

Burgess dejó oír su voz estentórea.

—¡Escuchen, si hay alguien escondido por ahí!… ¡No quiero que nos siga nadie, o los niños y la maestra lo pagarán!

Tomó a Priscilla en brazos y se la devolvió a Richard.

—Vamos, muchachos.

Primero salió Barry y luego el resto, cerrando el grupo el propio Burgess.

Una vez fuera de la escuela, emprendieron un galope hacia el Sudoeste.

* * *

Habían hecho un alto en el camino.

Estaban en un lugar escarpado.

Richard hacia guardia desde una roca que dominaba el camino que traían desde Silver Creek y el de la frontera mexicana.

Llevaban veinticuatro horas huyendo. Hasta ahora no habían visto a nadie.

Se estaba demostrando que Burgess había planeado bien la huida.

Los niños estaban cansados y ahora dormían.

Elga estaba sentada entre ambos.

Burgess calentaba un poco de café.

—¿Quieres beber un trago, maestra? Me refiero a *whisky*.

—No.

—¿Café?

—Tampoco.

Carol y Barry se habían alejado hasta la sombra de un árbol. Hablaban en voz baja.

Burgess bebió el café y encendió un cigarrillo.

—¿En qué piensas, Elga?

—En los padres de estos niños.

—Olvídalo de una vez.

—No puedo olvidarlo. ¿Por qué no se pone usted en su lugar?

Burgess dio un manotazo en el aire.

—Oye, deja de preocuparte por los niños, volverán con sus familias. Se los daré al mexicano que nos pasará al otro lado de la frontera.

—No necesita dárselos a ningún mexicano. Yo volveré con ellos, ¿o es que ha pensado otra cosa?

—Está bien, te lo diré. He pensado en ti.

—Perdió el tiempo.

—Voy a tener mucho dinero.

Oyó la voz de Barry por detrás.

—Tú no vas a tener nada.

Burgess volvió la cabeza y vio a Barry y a Carol.

La joven sonreía, pero Barry estaba muy serio.

Burgess bebió otro trago de café con mucha tranquilidad. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué te pasa, Barry?

—Te voy a meter una bala en las tripas.

—De modo que al fin logró convencerte ella.

—Sí.

—Eres un imbécil.

Barry rió ahora, pero lo hizo nerviosamente.

—No me vuelvas a repetir que te necesito para llegar a México. Conozco el resto del camino, y tampoco me hace falta que me expliques el plan porque está a la vista. Fue una buena idea llevarse rehenes.

—Gracias, Barry, me agrada que mis muchachos reconozcan mis méritos.

—Así morirás satisfecho.

—¿Qué harás luego? ¿Matar a Richard?

—No, a Richard, no.

—Es lo que tú crees. Carol te pedirá que también lo mates a él. De esa forma tendrás 150 000 dólares. Es una mujer ambiciosa, no se detendrá hasta robar lo que pertenece a sus compañeros.

—Richard siempre ha sido como un hermano para mí. No lo mataré.

Richard intervino desde lo alto de la roca.

—Eh, Barry, estate quieto.

—No intervengas en esto, Richard.

—Hemos de ir todos a México. Recuerda, él es el jefe.

—Tú y yo no lo necesitamos.

Barry apretó el gatillo.

Sonó un chasquido metálico.

La bala no salió.

Barry trató de disparar tres veces más, pero obtuvo el mismo resultado.

Burgess se levantó poco a poco.

Desenfundó como una centella.

Sus ojos chispeaban.

—Supuse lo que iba a pasar y en el último alto te vacié el cilindro del revólver. Clare que pudiste darte cuenta y por eso te he estado vigilando.

—Espera, Burgess…

—No, Barry. Te di una oportunidad y la has desaprovechado. Siento una gran pena, de verdad que la siento, pero tú no me diste opción.

Apretó el gatillo.

Barry recibió la bala en el estómago y su rostro se crispó.

Carol lanzó un grito y echó a correr.

Burgess hizo fuego otra vez.

Carol fue cazada en la espalda y se derrumbó.

Burgess siguió disparando sobre la joven.

Los niños se despertaron lanzando gritos.

Elga los abrazó y ocultó sus caras en su pecho para que no viesen la escena.

CAPÍTULO XVII

Había transcurrido otro día.

Estaba oscureciendo.

—En, Burgess —dijo Richard—. Está claro que los del pueblo tomaron en serio nuestra amenaza. Les diste una lección matando al marshall. No nos han seguido ni nos seguirán.

—Eso creo yo. Pero vete a hacer la guardia al roble que te señalé.

Richard se retiró del campamento.

Los niños estaban comiendo.

—Se ha terminado el agua de la cantimplora —dijo Elga—. Me acercaré al torrente.

El torrente estaba a unas veinte yardas.

—Está bien —asintió Burgess.

Elga tomó la cantimplora y serpenteó por entre las rocas.

Se arrodilló en la orilla y metió en el agua la cantimplora.

Cuando estuvo llena, se levantó y, al volverse, se encontró con Burgess que estaba muy cerca de ella.

La joven fue a rodearlo para seguir su camino, pero él la detuvo cortándole el paso.

—Espera, Elga.

—Los niños tienen sed.

—Siempre los niños. No te preocupa otra cosa.

—No, señor Miller, sólo ellos pueden preocuparme.

—Tengo ahora
125 000
dólares.

—Sí, y ya imagino que dentro de poco lo tendrá todo porque matará a Richard en cuanto él se descuide.

—No, no lo voy a matar… Richard es un buen chico y él se conformará con su parte, con los 25 000 pelados.

—Enhorabuena.

—Estuve en México durante la guerra. De vez en cuando tenía que ir a refugiarme allí. Me servía de descanso. Conozco un lugar maravilloso donde un hombre y una mujer pueden ser los seres más felices de la tierra con 125 000 dólares.

—Usted no merece ser feliz en ninguna parte. Y si la mujer que lo está esperando tiene sentido común, jamás lo aceptará.

—No me está esperando ninguna mujer. Bueno, admito que he tenido algún romance con esas mexicanas, pero ninguna de ellas dejó huella en mí… Tú eres distinta.

—Déjeme…

—¿Por qué no eres más complaciente conmigo, Elga?

—No espere eso de mí.

—Elga, yo no terminé la guerra cuando todos decidieron acabarla… He sostenido la mía particular… Estaba arruinado y perseguido. Tuve que cambiar mi nombre, era un desertor del ejército confederado… No sabes lo que pasé… Era buscado por unos y otros, por los perros yanquis y por los estúpidos sureños… Sí, Elga… ¿Quién puede decir otro tanto? Dos ejércitos habían puesto precio a mí cabeza, pero ninguno logró atraparme… Entonces juré que conseguiría dinero, mucho dinero para ser fuerte y respetado.

—Y para ello recurrió al robo y al asesinato.

—No, nena… Me he limitado a rescatar un poco del dinero que algunos roban.

—¿Cómo puede hablar así? En el pueblo colaboraron toda clase de gente para que usted tuviese el dinero del rescate. Hay personas que tenían muy poco y que entregaron sus ahorros… Pero usted no puede comprender eso, usted sólo piensa en sí mismo. Es el mayor egoísta que he conocido… No le importa nadie, ni los niños, ni sus padres…

—Tú sí me importas.

—¿Ha podido pensar por un solo momento que yo pudiese aceptarlo? Está completamente loco.

—Te quiero, Elga. Tienes que aceptarme. Es una orden.

—Usted puede ordenar muchas cosas, pero eso escapa a su poder y a su dinero.

Burgess la apretó contra sí para besarla.

—Burgess —dijo una voz ronca.

Burgess dejó a Elga y se volvió rápidamente.

No quiso desenfundar por temor a que ya lo estuviesen apuntando.

Pero Jerry Scott no tenía el revólver en la mano. Burgess miró hacia el árbol donde debía estar Richard. Sin embargo, ya no lo vio allí.

—Su compañero está sin conocimiento y desarmado.

—Jerry Scott, ¿eh?

—Sí, capitán Courtnay.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Mark Courtnay, capitán de los Confederados… Asesino de tres niños en Centerville… Desertor… Y ahora ladrón…

—¿Dónde están sus compañeros?

—Vine solo.

—¿Me va a hacer creer eso?

—No podía confiar en nadie.

—¿Desde cuándo nos viene siguiendo?

—Desde el primer momento. Los he visto muchas veces, pero no podía acercarme… Tenía que confiarlos… Su centinela vigilaba bien, pero hoy lo vi un poco distraído.

—Es muy listo, Scott. Pero ¿qué veo? Tiene una estrella.

—Soy otra vez el marshall de Silver Creek.

—Eso me lo debe a mí, Scott. Liquidé a su rival.

—Sí, y por eso morirá colgado.

—He matado a otras personas.

—Lo sé. Pero morirá por asesinar al marshall de Silver Creek.

—Todavía no me tiene atrapado.

—Sí, Burgess, lo tengo.

—¡No, maldita sea! —gritó Burgess y tiró del revólver.

De la mano derecha de Jerry brotaron dos fogonazos.

Burgess dejó caer el «Colt» bajo la impresión de que su pecho

era traspasado por dos agujas al rojo vivo.

Cayó hacia atrás y quedó tendido boca arriba.

Oyó pasos y poco después vio aparecer la cara de Jerry Scott por encima, teniendo como fondo el cielo, que era de un azul oscuro.

—Un favor, Scott.

—Pídalo, Burgess.

—En mi cruz… ponga… capitán Mark Courtnay… aunque fuese… un desertor.

—Sí, capitán Courtnay.

—Gracias —dijo Burgess y expiró.

* * *

Hardy Masón entró en la comisaría.

—Eh, jefe, ¿no sabes la noticia de última hora?

—Dímela tú.

—El alcalde, quiero decir el ex alcalde, se marcha con su mujer a vivir a Austin… El señor Bowen dice que este clima no le sienta bien a su esposa… —Hardy rió—. Y yo creo que tiene razón.

—Deja ya de hacer el chismoso, Hardy.

—Todavía te falta saber el más bueno.

Jerry se armó de paciencia.

—¿Qué más pasa en Silver Creek?

—David Reynolds ha consentido en vender la herrería a Geraldine.

—Me alegro, se acabarán los problemas de los martillazos.

—Reynolds ha logrado mejorar el precio.

—¿Geraldine le va a pagar más de tres mil dólares?

—Reynolds tendrá un *whisky* gratis todos los días durante dos meses en el saloon de Geraldine… Él quería que fuese por tres meses, pero Geraldine no lo consintió.

Jerry miró el reloj de pared.

Se levantó de un salto.

—Otra vez se me va a hacer tarde… Hardy quédate aquí… A mi mujer le gusta que vaya a esperarla puntual cuando termina la clase.

—Hasta luego, jefe.

Jerry salió de la comisaría y se encaminó hacia la escuela.

—¿Un afeitado, marshall? —dijo el barbero.

Jerry se pasó una mano por la mejilla.

—Ahora no, Lex, esta tarde…

—Como usted quiera.

El doctor Hillman estaba bajando de su tílburi a la puerta del saloon de Geraldine.

—¿Hace un trago, marshall?

—No puedo. Me está esperando mi mujer…

—Quien lo ha visto y quien lo ve… Usted preocupado por llegar pronto a una cita. Qué cosas… El mundo es un asco… También la mayoría de los hombres acaban por aceptar el yugo.

Jerry se echó a reír y continuó su camino.

Apretó el paso cuando vio a los niños salir de la escuela.

Cambió saludos con algunos de ellos.

Entró en el aula.

Elga estaba escribiendo en la pizarra nombres femeninos.

> «Teodora, Rosalind, Dorothy…».

Ella, sin volverse, preguntó:

—¿Cuál te gusta más, Jerry?

—Prefiero el tuyo, Elga.

—No quiero que se llame así una hija mía.

Jerry parpadeó.

—¿Qué has dicho?…

Elga no contestó y continuó escribiendo nombres.

> «Ann, Elizabeth, Glenda».

Jerry la hizo girar bruscamente, la rodeó con sus brazos y la besó fuertemente en la boca.

Mientras se besaban, Jerry tomó la tiza y escribió en la pizarra.

> «Johnny, Albert…».

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain